JUAN JOSÉ BECERRA

MILEI, FENÓMENO VERBAL

El político que se hizo a sí mismo hablando



siglo veintiuno editores

Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

Introducción

1. Cuando todo era nada

2. Breve morfología de lo nuevo

3. 2018: la consagración

4. Aceleración final

5. Lo que está escrito

6. Sueños de un país platónico

7. Hacer la historia

8. Instante, eternidad, silencio

Epílogo

Juan José Becerra

MILEI, FENÓMENO VERBAL

El político que se hizo a sí mismo hablando

siglo veintiuno editores

Becerra, Juan José
Milei, fenómeno verbal / Juan José Becerra.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2026.

Libro digital, EPUB.- (Singular)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-801-597-2

1. Política. 2. Ensayo Político. 3. Análisis del Discurso. I. Título.

CDD 320

© 2026, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Fotografía de cubierta: Antonio Becerra

Diseño de portada: Emmanuel Prado / <manuprado.com>

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: mayo de 2026

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-597-2

Introducción

De repente, hace ya más de diez años, entró a la escena pública argentina una persona-personaje estelar llamada Javier Milei. No era la primera vez que se daba ese tipo de irrupción, y no ha de ser la última, pero su paciente deslizamiento del escenario donde se formulan las opiniones libres con un calculado sentido del espectáculo hacia el campo de la oferta política, sirvió para ajustar su figura a la demanda social, que pedía sangre.

En aquel lejano debut, Milei intentó honrar la tradición de los opinadores de economía, mitad poetas, mitad gurúes, inspirándose en su maestro comunicador, Juan Carlos de Pablo. Pero no le resultó fácil administrar la herramienta favorita de los opinadores, que es la que se emplea para reducir sistemas complejos a aforismos para "que entiendan las tías".

Tentado por los brillos y, también, por las oscuridades románticas del barroquismo, Milei se enredaba en los cruces televisivos con sus antagonistas –que eran todos– por la dificultad de hacerse entender como deseaba. Lo que lo llevaba a la confusión teórica, el revoleo de números inconsistentes y el malhumor, pero esas apariciones dejaban en el aire un efecto que se fue convirtiendo en una mitología. Si no alcanzaba a desarrollar los frondosos postulados de sus ideas en su totalidad, no era porque no supiera, sino porque sabía *demasiado*. Tanto sabía que no lo podía contar.

Una vez sembrada y regada la superstición de superioridad, que él se encargaba de refrendar hablando de sí mismo como se habla de un ídolo, las operaciones de ajuste en su lenguaje fueron calibradas con precisión. Primero, renunció –a medias– a desplegar sus teorías económicas en clases magistrales, y las redujo a eslóganes, pasándole a su "exceso" de conocimiento la aplanadora de la

publicidad política, de la que sobrevivieron las ideas de guerra inventariadas en la agenda de lo que había que destruir.

La guerra era la del mercado *versus* el Estado, con su variante libertad *versus* comunismo. Ese fue el recorte que Milei hizo de las necesidades actuales de la historia. A lo que le adosó el valor agregado de sus modos de decir (de decir sin modos) en un idioma antidiplomático que ya es un hito en los extensos vínculos entre lenguaje y política.

Todos los gobiernos son más o menos autobiográficos. Por lo que el verdadero valor de los programas y las plataformas para gobernar consiste en quiénes los llevarán a cabo. Se votan personas (personas-personajes) y, de ellas, sus premoniciones.

Milei le dio al componente autobiográfico del político el índice más alto de la historia. Acaso tan hipertextual como Cristina Kirchner –pero sin su pudor–, restauró por vías no tan inesperadas lo que podemos llamar El Discurso. Evidentemente, el electorado argentino quiere que le hablen, que le hablen mucho, que le hablen sin parar hasta que se le inocule el virus de la convicción. Al menos, antes de votar. Luego, veremos.

Milei introdujo en su discurso político gran parte de los hechos relevantes de su vida, incluyendo los más dolorosos, y en ese gesto, que sin dudas fue espontáneo, situó el factor confesional en el corazón de la discusión pública.

Reducción pueril a una serie de epigramas radiantes de los sistemas complejos que tanto controlan como descontrolan el universo económico, descripción del blanco –la política, los políticos– en el que deberían clavarse como flechas esos epigramas, y revelación de la intimidad mediante un lenguaje "realista" irrestricto. El resultado es la inversión de la persona-personaje en personaje-persona que llega a la presidencia de la nación con las ventajas que tienen por un tiempo las novedades.

1. Cuando todo era nada

Soy Javier Milei. Soy economista jefe de la Fundación Acordar. Tengo un pasado como docente, como académico, tengo más de cincuenta artículos presentados, seis libros, más de cien notas de divulgación en diarios y… no seré famoso como economista, pero sí como *rock star.*

El primer registro de la presencia pública de Javier Milei lo tomó en septiembre de 2014 el canal CCC de Tucumán, a donde viajó para presentar su libro en coautoría con Diego Giacomini y Federico Ferrelli Mazza, *Política económica contrarreloj* (2014), publicado por Ediciones Barbarroja con el auxilio de la Fundación Acordar.

Es una entrevista de unos pocos minutos en los que Milei responde con amabilidad. Dice que un ajuste es necesario para sanear la economía del país, y que tanto puede hacerse de manera ordenada o impuesta por la realidad: "Lo que nosotros proponemos es un programa de estabilización que no tenga costos sociales".

La palabra "nosotros" es un enigma sin revelar. ¿Quiénes son o quiénes eran entonces los integrantes de ese "nosotros"? ¿Los tres autores? ¿La Fundación Acordar, usina de ideas al servicio de Daniel

Scioli? Retrospectivamente fantasmático, el uso de la primera persona del plural no es el pronombre más frecuentado por Milei (lo son mucho más "él" y "ellos", como causa de sus *descargas*); ni siquiera lo usó cuando presentó el mismo libro el 28 de abril de 2015 junto a Diego Giacomini (sin Federico Ferrelli Mazza, el vértice más discreto del triángulo) en el programa *Hora clave*, conducido por Mariano Grondona y Pablo Rossi.

Rossi les pide a Milei y a Giacomini que se presenten y le dice a Grondona que en el programa en el que están acostumbrados a ver pasar "los clásicos" (se refiere a los economistas televisivos de siempre), ahora tienen caras nuevas, aunque "nuevo no significa mejor, eso está claro". Milei dice: "Soy Javier Milei. Soy economista jefe de la Fundación Acordar. Tengo un pasado como docente, como académico, tengo más de cincuenta artículos presentados, seis libros, más de cien notas de divulgación en diarios y… no seré famoso como economista, pero sí como *rock star*".

Entre la interjección y la "salida", de la que todos se ríen, Milei comienza a desprenderse de Giacomini, al que solo le queda mencionar, sin la fuga del chiste, sus gélidas fojas de egresado del Colegio Nacional y de la Universidad de Buenos Aires. Es una separación de hecho, en la que Milei define su identidad por vía de la licencia poética. Ahí donde Giacomini dice lo que dicen sus títulos, confinando su nombre a su formación, Milei se desliza hacia la composición libre: "Yo soy especialista en temas de crecimiento, digamos básicamente, y también en los modelos de crecimiento con dinero. Pero, o sea, es muy interesante porque ahí Juan Carlos de Pablo dijo en una charla que yo era el que más sabía de eso en la Argentina, lo cual es cierto porque soy el único que se dedica a eso".

El primer paso que ha dado Milei es posicional. Ya no habla como coautor del libro que fue a promocionar a la televisión porque ahora el objeto de la promoción es él, y así como se desprendió del "nosotros" de la coautoría, también lo hizo saltando del contenido del libro –que en ningún momento glosó– para realizar su primera provocación en el escenario donde se discute la política: "Cuando vos mirás la situación de la economía argentina, yo te diría que la foto es mala, y la película es peor. La foto tiene que ver con la

configuración de la macro en el corto plazo donde tenés cuatro desequilibrios fenomenales. El primer desequilibrio, que es la madre de todos los males, y es el cáncer de este país de los últimos setenta años, es el déficit fiscal. ¿Sabés cuáles son las bases del populismo? Te las cuento yo. Es la irresponsabilidad fiscal de los keynesianos, y los desatinos monetarios de los estructuralistas locales, una conjunción de irresponsables que generan déficit fiscal, inflación y crisis".

Por primera vez "la sombra terrible" de Keynes es evocada por Milei para la posteridad, lo que acelera el distanciamiento de Giacomini. Allí donde Giacomini defiende a Milton Friedman, Milei ataca a Keynes, despuntando su tendencia a la lectura destructiva de lo que sea que se haya construido y encendiendo –también por primera vez– en el territorio del entretenimiento la llama de la agresividad, por el momento bajo cierta voluntad de control. La que viene acompañada (quizá sea mejor decir "adornada") del auxilio de unos números de origen poético, absorbidos por la pasión que los convierte menos en pruebas de carga en favor de la realidad económica que en semillas de superstición.

Milei avanza por la línea en la que progresa su imaginación, que aspira de un modo místico a la exactitud de cálculo. Dice que el PBI per cápita de la Argentina en 1998, "cuando la Argentina vuelve a su tendencia de largo plazo" (que no describe), era de 14.500 dólares, y que en el momento en el que está hablando –2015– es de 12.880 dólares al tipo de cambio oficial, aunque es más real el paralelo, que da 9000 dólares. Pero si el país hubiera mantenido "la tendencia de largo plazo" de 1998, el PBI per cápita debería ser de 32.000 dólares, es decir, más alto que el de Gran Bretaña, Italia, Corea del Sur y el promedio de la Unión Europea. Ya no son los números que hablan por él; lo que habla es el deseo de darles a los números un aura poética (lo dijo Pablo Neruda: "El tiempo se hizo número / La luz fue numerada").

Cuando Pablo Rossi los despide, Milei no se deja apurar e interviene sobre el haz de tiempo que queda, para pronunciar las últimas palabras, que insisten en caer al barro de la política: "¿Me dejás que haga una nota de color? El nivel de pobreza en el año

1998 en familias era del 18%, hoy es cerca del 30%. El coeficiente de Gini, que tiene que ver con la distribución del ingreso, era 0,38 y hoy es 0,38. Es decir, todo este megacirco populista que armaron para que la gente esté mejor, la dejó igual en términos de distribución del ingreso, con más pobreza y solo un tercio del PBI que deberíamos tener. Si esto no es una catástrofe, que venga Kicillof a explicar qué es".

Los números siguen desplazándose a la velocidad de la inercia que el propio Milei rompió al darles el estatus de pases mágicos. No hace falta adquirir las técnicas de un estadístico para ver que en el paisaje en el que Milei pinta las bellezas del mercado hay incidentes no reconocidos: empalma las estadísticas de la pobreza en hogares de 1998 con las de 2015, sin detenerse en las de 2001 y 2002; y las del PBI per cápita de 1998 con las que él proyecta en su corazón en 2015.

Y, sin embargo, algo nuevo nace en la mesa de *Hora clave*. Es un carácter que ablanda con histrionismo la dureza de la jerga técnica empleada al modo de un espejismo. Allí hace alianza la "mezcla" por la que se deja ver una persona de verdad bajo el disfraz del economista.

El tercer acto de esta primera secuencia que lleva a la irrupción de Javier Milei en la atmósfera caldeada de la esfera pública sucede el 26 de julio de 2016 en el programa *Animales sueltos* –conducido por Alejandro Fantino en el canal América–, del que todavía cuelgan las hilachas de su propósito promocional. Fue por una recomendación del economista Guillermo Nielsen, que Fantino acepta para delegar en su producción la misión de convocarlo "cuando haya una silla vacía".

Milei y Fantino no están solos. Son ellos y varios panelistas los que cierran el círculo sobre la mesa de debate, pero pronto se verá, por lo evidente de su orquestación, cómo Fantino provocará a Milei para que "salte".

Le dice: "Kicillof vino y después me regaló este libro". Es *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, de John Maynard Keynes. El conductor muestra la tapa del libro, y luego pide un primer plano que encuadre la irritación en principio artificial del

invitado: "Miren ese rostro". Milei improvisa una actuación un poco sucia en sus términos dramáticos, pero no pierde la seriedad que exige el número: "¿Hacía falta que lo mezclaras con mis libros?". Va, otra vez, a confrontar de cabeza con el fantasma de Keynes: "A esa basura de libro yo lo llamo la 'basura general'".

Por el momento es un personaje con libreto, es decir, un actor *conducido,* ajustado a la misión de escandalizar mediante protocolos de provocación televisiva. Dice, marcando el ritmo de su ánimo con la aceleración verbal del indignado (el sujeto ordinario de la época): "Yo lo estudié cinco veces a ese libro. Cinco veces. La gran mayoría de los economistas argentinos no lo leyeron una vez. Yo lo leí cinco veces: es un panfleto dedicado a la corporación política. Keynes era parte de la corporación política. Keynes escribió un libro a beneplácito de políticos mesiánicos y corruptos. Mirá, te lo voy a decir con un ejemplo de las cosas fabulosas que tiene ese libro. Al margen de que ahí le canta una oda a Hitler, sí, porque le canta una oda a Hitler. Pero al margen de ese detalle, te lo voy a poner en un ejemplo fácil. Suponete que un político tiene que arreglar un problema económico y llama a dos economistas. Entonces vienen un economista libertario y un keynesiano".

La obra está en marcha, y prospera con la participación del *partenaire* Fantino, que le pregunta si llama libertario a un monetarista. Milei contesta: "Más liberal que monetarista. Entonces, en ese contexto, les pide un diagnóstico y los dos le dan un diagnóstico. Ahora, cuando llega el momento de la solución, dice: 'Bueno, ahora, keynesiano, qué me diría usted'. Y él le dice: 'Mire, usted es la continuidad del brazo de Dios, usted tiene en sus manos, con el gasto público, el milagro de la multiplicación de los panes. Es más, malditos los productores de pizarrones, que los hacen tan chicos que no nos permiten reflejar el milagro que hace el keynesianismo con el gasto público'. ¿Y qué le dice el libertario?: 'El problema sos vos: tomátelas'. ¿A quién creés que va a contratar el político?". Fantino corona su doble rol de figurante y dramaturgo: "Al keynesiano".

Para Milei no tiene ninguna importancia que el "problema económico" surja de una especificidad material, porque las

soluciones son abstractas: el keynesiano siempre irá hacia la emisión descontrolada y el libertario siempre intentará eliminar al político. Se trata de "soluciones" que no tienen relación con el problema porque el problema nunca fue formulado. No hay problema que haya sido identificado, por lo que su argumento gira en el aire sin referencias.

Keynes, keynesiano, keynesianismo. Esas variedades, en las que insiste con la música de la reincidencia, son los vehículos de un viaje "técnico" en el que intenta reducir un nombre y sus usos declinantes a todos los ejercicios de la política y su ejército administrativo: el sector público, "que nos hizo esclavos tributarios de una corporación política parasitaria, inútil y chorra".

Pero además del huevo antipolítico, lo que se va incubando por primera vez es un ánimo, una fuerza de interpelación amenazante que encuentra, menos en sus argumentos que en la pasión que los despliega, un modo de deslizarse sorteando las dificultades que se le presentan a la razón mediante la gracia de no reconocerlas. El espectáculo impresiona porque, de golpe, hay una sola voz que absorbe los matices del conjunto, y aunque Fantino haga todo lo posible por pararlo ("¡pará Javier!"), Milei no para porque *no puede*.

Ismael Bermúdez, especialista en economía de *Clarín* desde hace décadas y uno de los panelistas de esa noche inaugural, desliza la posibilidad de discutir de una manera menos excluyente: "Alguien puede estar en desacuerdo con el libro de Keynes, pero no lo puede calificar de basura". Lejos de dar el paso hacia la condescendencia de la horizontalidad, Milei vuelve a acelerar las turbinas de la agresión: "Ese libro es una basura. Te discuto capítulo por capítulo y te demuestro que es una basura. Es un montón de inconsistencias. ¿Vos sabías que Keynes solamente tomó un solo curso de economía? ¿Sabías eso?". Entonces, Bermúdez, ante la imposibilidad ya no de un encuentro con su interlocutor sino de un mínimo roce de reconocimiento, pronuncia una frase en voz baja que es la memoria descriptiva de la situación: "Yo no voy a defender a Keynes, pero tampoco voy a decir que es una basura. Es una falta de respeto a la propia discusión".

Puede que lo haya sido, pero lo que se desnaturaliza en una conversación redonda encuentra su cauce natural en el populismo de

mercado que determina los hábitos del entretenimiento. Lo reveló Fantino años más tarde: "Cómo es de decisorio el *rating* en nuestra profesión: el flaco entró cuando el *rating* estaba en 2,5 y lo llevó a 7". Después pasó de ese *talk show* en el que se discutía la política y la economía a otro, *Intratables*, también en América, donde los 5 puntos de *rating* pasaron a 9, y entonces –en palabras de Fantino– "no salió más de la tele".

2. Breve morfología de lo nuevo

A mí me gusta el tenis. Entonces, para igualar mis oportunidades contra Federer ¿le voy a cortar un brazo? ¡Dejate de joder! Es un acto violento. ¡Es una salvajada! Dejen de alimentar el odio y el resentimiento, porque a esa basura de la justicia social hace setenta años que la aplicamos.

No salir de la tele implica quedarse en la tele, de algún modo vivir en ella soportando sus amansadoras, su histeria programática y sus códigos de agresividad. Es lo que por decisión estratégica o inercia narcisista –cuyo problema principal es la dificultad de decir "no"– Milei les concede a quienes demandan su figura y su lenguaje para refrescar el ambiente con sus posiciones de vanguardia regresiva.

¿Qué es lo nuevo que él da? Posiblemente una transparencia en las relaciones entre el interior mental y el lenguaje que lo expresa, digamos una sinceridad dramatizada por vía de la indignación moral, que es el caballito de batalla con el que buena parte de la sociedad ha estado trotando durante varios años en los campos de la autoindulgencia.

Entre la noche de *Animales sueltos* de 2016 y su postulación a diputado nacional por la Ciudad de Buenos Aires en 2021, se acumula una *presencia*. Los intercambios entre el mundo del entretenimiento desviado hacia la política y su nuevo recurso natural son masivos. La figura de Milei ofrece una imagen inesperada en contraste con el desfile de "especialistas" habituales que casi nunca quiebran los pactos de cortesía que se dan por supuestos en las discusiones públicas y que tal vez sean una rémora de la cultura diplomática. A la tele los invitados van casi a no decir –y a no sentir– para que, en la segunda vida de la aparición, la del archivo, no haya de qué avergonzarse o arrepentirse.

Milei rompe ese molde por las razones que sean, e impone una actitud expresionista, antieconómica en el sentido de que va hacia la construcción (mejor dicho, la reproducción) de un continente desbordado, lo que ensancha su figura y le da un perfil barroco. Esa figura, encapsulada en principio bajo el mote genérico de "economista" y sus variaciones exigidas por la agenda nacional, así como sus respectivas jergas derivadas de sus asuntos fetiches (dólar, deuda, tasas, inflación, etc.), comienza a abrirse hacia los extensos y profundos territorios de la personalidad, allí donde puede encontrarse la realidad del personaje.

Es el largo momento de las aceleraciones verbales, en las que los argumentos son descargados mediante la fuerza incontenible del impulso. Y es en ese impulso donde se oculta el lenguaje principal, aquel que promete abandonar el argumento en favor de actos que puedan conservar del lenguaje todo lo que este tenga de temerario. Se trata de una promesa aun no formulada, pero que ya obliga a preguntarse: ¿qué no sería capaz de hacer una persona que habla así?

Durante los cinco años de formación de Javier Milei en las pantallas de televisión y *streaming*, se fue sedimentando un lenguaje que, partiendo de un uso manierista de los idiolectos de la economía, se ramificó de un modo incesante hasta borrar su marca y su interés de origen, reemplazándolos por un uso franco de lo que sea que se entienda por lengua propia y, por añadidura, la revelación de otra cosa.

Recorriendo esa ruta de acumulaciones performativas incontinentes –el verdadero género de sus intervenciones–, pueden encontrarse las variaciones que componen el producto verbal de Milei, cada una de ellas representativa de un corte, en el sentido de un código puntual integrado a un conjunto.

La primera especificidad que se ha estado esperando de él, porque él mismo fue quien vino a postularla (una economía en forma de solución nacional), puede caber en este resumen, en el que da su versión de la historia montada sobre un registro economicista: "La economía argentina, en los últimos ciento dieciocho años, tuvo déficit fiscal en ciento ocho. Keynesianismo puro. Y lo financió con emisión monetaria. Somos el máximo defaulteador de la historia. Le sacamos trece ceros a la moneda, destrozamos cinco signos monetarios y tuvimos dos hiperinflaciones sin guerra. ¿Y queremos más Keynes? ¡Nos hundimos por ser keynesianos! La Argentina, de ser un país bárbaro, se convirtió en un país rico en treinta y cinco años. ¡Estudiá historia, burro!".

Se trata de un párrafo de alcance "comunicacional", en el que comienza a asomar la interpretación de lo que Milei considera el fracaso argentino por mera existencia de lo estatal, y en el que el rigor historiográfico no asoma como un artículo de primera necesidad en el acto de argumentar. Lo reemplazan las supersticiones libertarias de la historia argentina postulada por su maestro Alberto Benegas Lynch (h), en cuyo lenguaje especulativo Milei se formó como discípulo bajo una enseñanza sacerdotal en la que la ideología es religión.

Es de esa fe en la interpretación benegaslyncheana de la historia que surge, quizá, el corolario: "¡Estudiá historia, burro!", que traducido significa: estudiá historia con Alberto Benegas Lynch (h) en la Escuela Superior de Economía y Administración de Empresas (Eseae), propiedad de Alberto Benegas Lynch (h), y de donde egresó con honores Alberto Benegas Lynch nieto, bajo el eslogan aurático de la institución: "Libre como vos".

De esa fe viene el gusto de Milei por mantener posiciones cristalizadas ante monumentos ideológicos a los cuales tributar, e incluso rezarles, como cuando recita el credo libertario a modo de

preámbulo futurista: "El liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo, basado en el principio de no agresión, en defensa del derecho a la vida, a la libertad y a la propiedad, cuyas instituciones fundamentales son la propiedad privada, los mercados libres de intervención estatal, la libre competencia, la división del trabajo y la cooperación social".

En cambio, del lado del Mal, la redistribución del ingreso "es un acto violento que implica redistribuir lo que ya originalmente el mercado distribuyó premiando a aquellos que mejor satisficieron a su prójimo con un bien de mejor calidad a un mejor precio, lo que implica tratar desigualmente ante la ley a la gente".

Según ese punto de vista, que excluye alternativas por mera saturación de sus propios postulados, la redistribución "es un robo" que "castiga al exitoso en función de un tipo que desde una poltrona decide quién tiene que ganar y quién tiene que perder. ¡Una bestialidad total! ¡¿Qué igualdad de oportunidades?!". Y refrenda su hipótesis con un ejemplo hiperbólico: "A mí me gusta el tenis. Entonces, para igualar mis oportunidades contra Federer ¿le voy a cortar un brazo? ¡Dejate de joder! Es un acto violento. ¡Es una salvajada! Dejen de alimentar el odio y el resentimiento, porque a esa basura de la justicia social hace setenta años que la aplicamos".

La analogía de Federer intenta representar por la vía del absurdo la cuestión de la competencia y es, sin duda, una ilustración espectacular que transmite con tanta rapidez la idea que de esta no alcanza a verse tanto su suciedad como sus resplandores. Sin poder reaccionar con frialdad a la figura que dibuja Milei, nos vemos a nosotros *favorecidos* con dos brazos, sin ser tenistas de élite (en realidad, sin ser tenistas), y lo vemos a Federer manco. Al margen de que lo más probable es que aun con un brazo (incluso el izquierdo), Federer nos gane con facilidad dada la ventaja comparativa que tiene con los no tenistas, el ejemplo sirve para hacernos ver "la salvajada".

Es un ejemplo de puro efecto, es decir, un artilugio con apariencia de verdad que se siente como verdad por ese encantamiento irresistible típico del sofisma, base retórica del idioma público de Milei. Con una falla quizá desapercibida en su empleo, dado que los

sofismas de Milei no tienen el espíritu relativista que le da vida al género. Al contrario, considera el saber un fenómeno objetivo, completo y absoluto, y en esa distorsión cae a menudo en faltas graves a la verdad que invoca.

Una auditoría de sofismas que tuviera el propósito de subir la calidad argumental de la analogía a cambio de bajar su espectacularidad, tal vez recomendaría enmendar la imagen *gore* del Federer mutilado con una idea más justa de lo que Milei quiso decir, quitándole el gravamen de la exageración y los golpes bajos.

Bastaría entonces con decir de la igualdad de oportunidades, sin afectar en nada la cultura de la competencia en el sentido de actividad libre del mercado, que solo es razonable aplicarla si es para que todos tengan la posibilidad de competir (es obvio que Milei no está hablando de tenis), y que luego gane el mejor.

La idea de la igualdad de oportunidades en la democracia liberal, una ilusión generalmente inalcanzable, no propone la mutilación de los ganadores porque se trata de una igualación preparatoria, siempre anterior a la competencia. Aun en su abstracción, está claro que no postula bajar de su merecido pedestal al que logró subirse sino subir unos milímetros al de abajo, por lo cual se estaría más cerca de implantarle un brazo al que le falte que de quitárselo al que los tenga.

Por encima de la palabra "salvajada" con la que Milei describe la igualdad de oportunidades, sobrevuela el fantasma negro de la democracia, sobre la que también brindó sus impresiones: "La gente idealiza la democracia. Hay un libro que se llama *Elección social y valores individuales*, de Kenneth J. Arrow, el economista más joven en ganar el Premio Nobel. Arrow desarrolló lo que se conoce como teorema de la imposibilidad. Lo que muestra es que, aunque todos fuéramos coherentes y consistentes con nuestras preferencias, eso no asegura que en una elección gane el mejor, o el que más nos gusta. Es decir que la democracia es un sistema que no te asegura que gane el mejor. Y uno de los vicios claros de la democracia es el populismo. El 75% de la gente gana menos que el ingreso promedio. ¿Cuál es la lógica del populismo? Los pobres contra los ricos, y los ricos contra los pobres. ¿Por qué? Porque le apunta al 75% de la

población. ¿Qué es lo que pasa? ¿Que haya una mayoría de un lado te da crédito para robarle a una minoría? Eso es lo que propone el populismo, la justicia social es eso. La distribución del ingreso es robarle a otra persona para que la reparta el político a su criterio. ¿Sabés cuáles son las personas más ricas en los países prósperos? Los empresarios. ¿Sabés por qué no se hace esa lista en la Argentina? Porque está lleno de políticos".

Esa pregunta retórica con su respuesta en formato de *punch* es eficaz porque produce un efecto de verdad que se monta sobre la línea argumental de origen: la democracia es una trampa populista, por la que se les roba algo a unos para dárselo a otros y, *además*, para que la trampa no se revele, no se confeccionan listas de las personas más ricas de la Argentina, porque en su mayoría estaría integrada por políticos. Pero tanto el *punch* como también lo que lo precede son referencias irreales. Desde 2018, la versión local de la revista *Forbes* confecciona esas listas donde aparecen hasta las cincuenta personas o familias más ricas de la Argentina, integrada indefectiblemente por empresarios y herederos (excepto Lionel Messi), y ningún político.

El desarrollo descriptivista, que produce el efecto embriagador de un silogismo completo, resbala produciendo una realidad argumental en la que los términos del argumento se pisan los ponchos, violentando la sintaxis proposicional, lo que no sería nada –apenas un argumento flojo, como hay tantos– si no fuese porque Milei se pronuncia como quien encarna una sabiduría objetiva por la que él y solo él tiene acceso a la Revelación. Como si solo hubiera una sola fuente de conocimiento y un solo conocedor, que opera en clave demiúrgica, dándole forma y lenguaje al mundo material del que es autor y, de algún modo, único habitante que se pasea sin obstáculos por el principado de la mente.

Pero si se desplumara la secuencia para detectar en su interior el esqueleto de su ataque "científico" a la democracia, lo que parece decir Milei de un modo más extensivo es que la democracia no solo no asegura que gane "el mejor" (descubrimiento tardío de la pólvora, dado que es sabido que una elección podría ganarla cualquiera, incluso el peor) sino que, además, tiene un vicio, el

populismo, cuyo propósito es robarles a unos para darles a otros (el vicio al cuadrado). Por lo que la democracia es, más que cualquier otra cosa, un mecanismo de robo devenido en reincidencia, e idealizado por la gente.

Milei mezcla grados con naturalezas y superpone distintos niveles de sentido, sin privarse de modificar hasta la inversión las descripciones de los elementos que giran alrededor de lo público. Así como democracia equivale a vicio populista, según su lectura de Arrow, la recaudación de impuestos es patrimonio de "el político": "La sociedad está separada en dos: los que nos rompemos el lomo laburando y pagamos impuestos; y, por otro lado, los parásitos que viven de los impuestos. […] Es muy difícil siempre para el político devolverle la plata al que la genera".

Lo que dice del teorema de Arrow es menos de Arrow que de la cosecha personal de su lectura. El economista estadounidense nunca habla en términos de mejor o peor, sino de que el concepto de "imposibilidad" obedece a que no es matemáticamente posible que un votante vea reflejadas sus preferencias personales en las preferencias colectivas, del mismo modo en que tampoco en la realidad de la vida personal se cumplen todos los sueños (a veces, ni siquiera algunos). De hecho, es el propio Arrow el que, antes de postular sus especulaciones sobre la insuficiencia de representatividad de la democracia, reconoce que se trata de un teorema, planteando de manera formal un problema que en la realidad no se podría resolver, excepto que en nombre de la imperfección del sufragio universal se decida suprimirlo.

No hay realidad en los teoremas sino fórmulas, encantamientos formales difíciles de adaptar a la vida social y a la realidad material en que esta se encuadra. Se trata de instrumentos en cierto sentido ideales. Sin embargo, Milei, en lo que es una tendencia pronunciada a la hora de confiar en el lenguaje del que está hecho su personaje público, traduce sus ideales al malentendido de la literalidad. Las ideas *son* la realidad.

Una de las paradojas de su discurso es que parece no entender lo que explica *mientras* lo explica, como si en la actualidad de sus argumentaciones, el presente puro de la postulación, sustituyera la

experiencia de comprender por la de creer y, por lo tanto, las herramientas de la razón por las de la fe, invistiendo a esa fe de las razones que le faltan por medio de la intensidad de la convicción.

Un teorema –administrado poéticamente– puede ser utilizado de plataforma para cualquier articulación de sentido. Pero el desplazamiento de un asunto a otro durante una misma intervención mantiene, sin embargo, un elemento común: la obsesión por regresar al objetivo principal, independientemente de la forma que adopte: lo público, lo público como género y en todas sus variantes. Por lo que no hay conflicto de sentido –no puede haberlo: los cabos sueltos de la obsesión están para ser reunidos en una misma materia informe– si se pasa de una interpretación rebuscada del teorema de la imposibilidad de Arrow, es decir, del detalle del que se deduce la inutilidad de la democracia como institución del Estado, al cuestionamiento de la existencia del Estado en términos absolutos. En este caso reducido primero a la descalificación conceptual y luego a la descripción de fantasía de los delitos sórdidos que comete por el solo hecho de existir: "Esa lacra asquerosa inmunda que se llama Estado… Pero la gente pide Estado presente, que es lo mismo que pedir un pedófilo en un jardín de infantes. La comparación es suave. Fuerte sería con todos los nenitos encadenados y envaselinados".

3. 2018: la consagración

Te escucho y, si querés, me voy también. Porque si ponés un tipo que ignora las bases de la teoría monetaria a discutirme, entonces, bueno... ¿Qué querés que le haga? No puedo discutir con las bestias. Listo, me voy. Porque si me ponés a discutir con un pelotudo, me voy.

La intervención, en la que Milei desenrolla como una alfombra de un solo color sus obsesiones que confluyen en la descripción negativista del "Estado pedófilo", sucedió en julio de 2018 durante una entrevista concedida al conductor Joaquín "Pollo" Álvarez para el programa *Con amigos así*, del canal KZO. Tres meses más tarde ratificó ese concepto, excluyéndolo por lo tanto de la categoría de desliz, en una conversación con Luis Novaresio para el canal A24, en la que además "reveló" que, si alguien tuviese un proyecto productivo para la Argentina, tendría que estar dispuesto "a enfrentar ciento un impuestos y sesenta y nueve mil regulaciones".

Lo dijo sin desglosar los datos, dando por sentada la inevitabilidad de tener que enfrentar *todos* los impuestos (lo que es falso dado que a los ciudadanos les corresponde pagar algunos impuestos pero

otros –la mayoría–, no); y *todas* las regulaciones, lo que es más falso aún, porque si bien, por un lado, al fabricante de cloro de Lanús –por dar un ejemplo de contraste– sí lo alcanza la regulación que lo obliga a ajustarse a la producción por electrólisis, por el otro no tienen por qué alcanzarlo las generales del contrato deportivo de un futbolista juvenil, ni el acuerdo contractual del alquiler de su hermana, ni las condiciones bromatológicas para conservar corvinas en el puerto de Mar del Plata, etc.

El concepto "Estado pedófilo" es la primera manifestación de una larga secuencia de analogías sexuales de simpatía anal en su discurso, y quizá haya que tener menos en cuenta la poética por la que se hace entender que la voluntad física de efectuar una agresión verbal cuya carrera se hace prácticamente imposible seguir.

Esa es su manera de implantar un código expresionista de riesgo que deja germinando la semilla de una potencia: la de aquel que, a diferencia del político (que nunca dice nada), es capaz de decir todo lo que piensa, lo que es prueba de conducta antipolítica pero, también, el umbral de una política que habla *como nueva*, y lo hace contaminando de esporas confesionales el escenario público al que, por lo general, lo íntimo entra de modo involuntario por vía de la delación o el espionaje.

De golpe se abrió la puerta a pasadizos, por lo general cerrados, que dan a la cama y al interior mental de las personas públicas. Ya sea por voluntad confesional o (lo menos probable) por una puesta en escena calculada para producir el efecto de que podría saberse todo de una persona si se accede a su intimidad, una vez que decide avanzar hacia la transparencia (esa transparencia, no otras), Milei nunca retrocede. En junio de 2018, entre la postulación y la ratificación del "Estado pedófilo", también desplegó su estilo libre: "En el Tantra, el que tarda menos de 45 minutos es considerado un eyaculador precoz. A mí me dicen vaca mala. Puedo estar tres meses sin eyacular".

Por un lado, la irrupción desconcertante de la intimidad sexual, de la que no importa si las anécdotas son verdaderas o falsas, sino que sean referidas como un insumo indirecto de lenguaje político en su variedad de incorrección, lo que se agrega a las otras variedades del

ataque masivo a la existencia del Estado. Por el otro, una oferta de voluntad, incluso de voluntad de inmolación, expresada en el modo físico de argumentar, llevando el código de la irritación y la indignación ciudadanas a una víspera de acto. De modo que colocado en la posición de lo nuevo o, mejor dicho, de lo desconocido, Milei se vuelve irreductible para el sistema y confiable para buena parte de la sociedad envuelta en el hastío.

Lo que se deduce de su lenguaje compuesto –el verbal y el corporal– es que podría ser capaz de dar ese salto del lenguaje al acto y cumplirle a la sociedad lo que esta anhela de sus hombres públicos: que las promesas por fin se hagan realidad. Es un pálpito popular que ocurre en simultáneo con un desplazamiento de la periferia hacia el centro del escenario donde tiene lugar la discusión pública, a la que Milei, como "un ciudadano más", entró como panelista (un punto de vista entre otros) y en la que se afianzó muy pronto como atracción excluyente porque las cámaras, arrobadas por el *rating*, se fueron con él.

Ese paso de más, el que nadie daba, eslabón perdido entre lenguaje y acto, él lo dio mediante sus intervenciones reaccionarias sin tope, casi sin tema, entregando momentos de carácter puro, y colocando el uso del lenguaje en el limbo de un semiacto o un casi acto acompañado de una fuerza sobrante. A lo que dice con un lenguaje que lo tiene todo (economía, política, historia, intimidad), solo le falta hacerlo. Entretanto, lleva el lenguaje a un estatus de violencia suspendida para dejar en claro su intransigencia insobornable con el sistema de pantallas que lo apaña y que no puede –y tampoco quiere– callarlo.

En la señal América Noticias, discute sobre monedas con su antagonista de panel y con el conductor, que no logran bajarle el tono a su intervención: "Te escucho y, si querés, me voy también. Porque si ponés un tipo que ignora las bases de la teoría monetaria a discutirme, entonces, bueno… ¿Qué querés que le haga? No puedo discutir con las bestias. Listo, me voy. Porque si me ponés a discutir con un pelotudo, me voy".

Para Milei, la discusión pública no consiste tanto en discutir como en quedarse con la última palabra. Es para ganar que se discute, no

para escuchar. En su defecto, sobreviene el desaire y, en escalada, el desplante de la retirada. Excepto en los momentos confesionales, que no van contra nadie, en los que el personaje encuentra una frecuencia verbal introspectiva (son los únicos momentos en los que no se enciende) para revelar con destellos de oscuridad la sordidez familiar.

Le dice a la modelo Nicole Neumann: "El tipo de maltrato que he recibido por parte de mi padre, ya sea físico o psicológico, hace que eso haya afectado mi personalidad […] y eso, probablemente, tenga que ver con las palizas que recibía". Lo mismo le dice a Luis Novaresio ("Todas esas palizas hacen que hoy no le tenga miedo a nada"), y a Claudia Fontán: "El 2 de abril de 1982, cuando Argentina recupera las Malvinas, nosotros estábamos en la casa de mi padrino, y entonces estaban todos muy exultantes porque habíamos recuperado las Malvinas, y yo dije que era un disparate porque nos iban a hacer de goma, y a mi padre no le gustó y me dio una tremenda paliza. Y mi madre… Bueno los padres tienen un contrato preexistente a nosotros, ¿no? Bueno, ya está".

La actriz Adriana Brodsky, también invitada a ese programa, le dice: "A veces eso suele ser una excusa para hacer desastres"; y Milei le contesta: "En mi caso lo que hago es valorar la enseñanza en el contexto de esa situación. Pensá en una persona que mide arriba de 1,90 metros, de cien kilos, contra un nene de 11 años… La situación es como si hoy me encontrara con un tipo de cuatro metros y cuatrocientos kilos, por decir algo".

Estamos en el año de la consolidación de su figura, durante el cual concedió 235 entrevistas con casi 56 horas de aire en televisión y radio. Fue el economista más consultado de la Argentina, pero su especialidad comenzó a irradiar noticias falsas en combinación con una tendencia cada vez más marcada a repeler posiciones ideológicas contrarias aun cuando estas aparecerían en grado de esbozos (a veces ni ese mínimo era necesario para activar sus "réplicas").

La novedad de su presencia en las pantallas se convirtió en una necesidad, a la que él respondía a cambio de inmunidad de modales. El raid, supersónico, comenzó con el programa *Economía al*

cuadrado que conducía junto a Diego Giacomini en el Canal 22. En la primera emisión del 13 de marzo, Milei se presenta ante su público con el anuncio acartonado de un presentador clásico: "Muy buenas noches querido amigos, a esta primera entrega a lo que hemos dado por llamar 'Economía al cuadrado'", y analiza el fenómeno de la inflación desde una argumentación técnica. Pero el 10 de abril ya presenta su hipótesis de batalla acerca de la inutilidad del Banco Central (que en versión "nacional y popular" empapeló "el camino al cielo" a partir de 1946) y, una semana más tarde, se completa el desvío de los contenidos, que abandonan el registro económico para combinar un uso grueso de la ironía con un discurso contra los políticos: "Hoy tenemos una atendida a un 'econoburro', que es un economista, aunque no lo parezca, el colorado [Nicolás] Massot" (entonces diputado nacional del PRO).

Para darle un contenido tan resbaladizo al asunto que no alcanza a encastrar en el neologismo "econoburro", maltrata a Massot por haber considerado que la dieta de los legisladores estaba desactualizada, además de ser inferior a la de sus pares europeos y estadounidenses. Al parecer, no está en juego el conocimiento de Massot sobre economía, sino la cuestión ética de sugerir un aumento de dieta en un país con la economía en crisis. Pero Milei no repara en la naturaleza de los dos campos que componen su argumento. Simplemente, le sirve la mezcla, aun en su disociación, para afectar de un modo negativo el nombre de Massot y lo que este representa a escala personal: el Congreso de la Nación, nido de la ignorancia y las faltas morales.

Es una composición fantástica típica de las falacias que Milei detesta y ve en todos lados, incluso allí donde no están. Lo que configura ejemplos que tienen algo de animales mitológicos. Son argumentos "centauros", mitad una cosa, mitad otra despegada de la anterior, y tienen la particularidad de que pueden verse en la imaginación, pero no necesariamente fundir sus materias en una. En este caso, la idea que transporta la figura que elige para su argumento mitológico, en el que se asoman los primeros resplandores de una realidad platónica de voluntad "objetiva", es

que se es ignorante *porque* se es ladrón, y viceversa. Y eso no se discute, porque no hay nada más real que la realidad inventada.

Para refrendar ese postulado con la base "empírica" que tanto le gusta invocar en las refriegas televisivas, muestra un tuit de él mismo en el que dice que los diputados argentinos cobran un sueldo 96 veces más alto que el decil más bajo y seis veces más alto que el decil más alto, mientras que los legisladores estadounidenses o europeos cobran apenas entre dos y tres veces más que el decil más alto; y, sobre la base de esas referencias, propone votar en las redes (a la democracia virtual, que incluye masas de *bots*, no le llega la maldición de Arrow) cuánto debe ganar un diputado argentino según "el mercado". Gana por el 77% la posición de pagarle a los legisladores lo menos posible, lo que para Milei es un hecho lógico porque –sin salvedades a la vista– los legisladores argentinos son "caros e inútiles".

Ese momento es el punto a partir del cual Milei empieza a abandonar los tecnicismos para comenzar a comunicar la descripción de un mundo argentino del futuro creado por él, en el que los componentes del Estado democrático –casi todos en situación autoinfligida de debilidad– caminan del desprestigio hacia la antipatía popular.

De un día para otro cuelga a Giacomini, que queda a cargo en soledad del programa *Economía al cuadrado,* y se atornilla al panel de *Intratables*, donde el 13 de junio habla desde un atril en el centro del plató, con un *videograph* que dice: "Candidato se busca". Milei, con seriedad, incluso con gravedad, propone destruir el Banco Central mientras se oyen las risas en *off* del resto de los panelistas. No está claro para el espectador, que desconoce los pormenores de la puesta, si se trata de una broma televisiva devenida en postulación real, o de una postulación real que nadie toma en serio, pero la confusión no es relevante. Todo lo contrario: es la ambigüedad lo que le da ganancia a la escena, que va y viene con un sentido pendular de la broma a la literalidad.

Tres días más tarde, también en *Intratables*, discute con Carlos Regazzoni, exdirector ejecutivo del PAMI. La introducción de su performance es a los gritos, por lo que uno de los periodistas

estables del programa le pide que baje el tono, y le dice, con calma, que él –Milei– defiende a Federico Sturzenegger (que acaba de ser despedido de la presidencia del Banco Central) "por una cuestión afectiva", a lo que Milei, de un modo enardecido que no se corresponde con la calma de su interlocutor, tampoco con el contenido del comentario (¿a quién podría ofender un malentendido que puede aclararse de inmediato?), contesta con una agresividad redoblada: "¡No lo defiendo por una cuestión afectiva! ¡Eso es una falacia! ¡No te voy a permitir una falacia! Lo defiendo de un modo técnico".

Luego de una estabilización breve de la charla colectiva, Regazzoni le dice a Milei: "Te asustás porque no entendés muchas cosas", y Milei le contesta (en alusión al gobierno de Mauricio Macri, al que Regazzoni perteneció): "Ustedes rompen los papeles, el diagnóstico, el termómetro… Todo rompen. Dale, dale". Regazzoni le pide que lo deje hablar y Milei le contesta que ellos (lo que incluye a Regazzoni, al gobierno de Macri y a los políticos en general) "le faltan el respeto a la gente empobreciéndola". Regazzoni insiste: "Usted tiene que dejar hablar, porque si no, con toda la admiración personal que le tengo...". Milei: "Gracias, no me hace falta. No me importa, me importa un rábano… Este gobierno es una máquina de generar pobres".

Los ánimos vuelven a agitarse, y Regazzoni pronuncia una frase que quedará en el recuerdo: "Vaya y gane las elecciones". Milei contesta: "Ah, claro, digamos, o sea… Porque las elecciones determinan algo… La falacia de la cantidad. ¿Sabés qué? A Hitler lo votó un montón de gente, y mirá el desastre que hizo. ¡Dale, venime con el argumento de las elecciones! ¡¿Sabés lo que es el teorema de la imposibilidad de Arrow?! ¡Qué me vas a venir a hablar de las elecciones!".

Regazzoni, que, en los huecos intersticiales que se abrían delgadísimos entre los gritos de Milei, le había reprochado no conocer "los barrios", alcanza a preguntarle con ironía: "¿Conocés Lugano?", y Milei empieza a dar saltos en su silla: "¡Sí que conozco! ¡Y ¿sabés qué, salame?! ¡Jugué en un club que se llamaba El Ideal! ¡Y también ahí está el club de la D, Yupanqui! ¡Así que mirá si no

conozco Lugano! ¡Justo le erraste! ¡Podrías haber elegido otro barrio! ¡Ni siquiera sabés hacer una chicana! ¡Dale!".

Esta intervención, que parece una más, es en sí misma un catálogo de todos los recursos utilizados en simultáneo por Milei cuando alcanza la velocidad ideal combinando contenido y agresividad; y que, pese a los modales –o a causa de los modales–, sucede en un estado de inspiración. El mejor rendimiento que obtiene su lenguaje es cuando el cuerpo *salta*.

Ha puesto en la misma bolsa la defensa "técnica" de sus ideales económicos, el desprecio por la "falacia de la cantidad" que ve en la democracia (de la que Hitler no es una anomalía sino un universal), el insulto, el reconocimiento etnográfico de los escenarios populares como Villa Lugano, la denuncia del empobrecimiento causado exclusivamente por la connivencia entre políticos (los únicos que se sirven del Estado, y lo hacen exclusivamente para robar) y, como despedida, el goce triunfal de la contrachicana, el instante en el que siente que se apropia de la razón en medio de la ira.

Mientras eso ocurre, la cámara se va con el conductor, Santiago del Moro, que se ríe de la discusión que queda sin planos, pero sobrevive como si lo único que estuviera pasando en el show fuese el teatro o la verdad de Milei, del que se oye flotando en el aire su voz alterada. La televisión que lo descubrió no va a privarse ahora de tenerlo aun en la modalidad de discurso sin imagen, mientras Del Moro camina sonriente de un lado al otro y dice "un psiquiatra por acá", un poco en broma, un poco en serio, sin que sea plenamente en serio o en broma.

Milei ya es un economista "mediático", que se mueve en todos los escenarios. Rechaza la propuesta de participar en *Bailando por un sueño* argumentando que los ensayos le harían perder un tiempo dedicado a "tareas gratificantes" vinculadas a la economía (y lo que no dijo: horas de pantalla política). Pero compensa la renuncia al show musical con intervenciones puntuales. La que sucede en Crónica, del 17 de agosto, cuando acompaña en el programa de Georgina Barbarossa a su "prometida", la cantante Daniela, coprotagonista de su primer romance público, que presenta el hit "Bomba tántrica" ("Él es Milei, el hombre que me vuelve loca / me

come la boca"); y la de *La tribuna de Guido*, de Canal 13, al que va el 8 de noviembre a cantar "Fuiste mía un verano", de Leonardo Favio, imitándolo con una devoción que no parece fingida, después de pasar un aviso ideológico sobre la inflación.

4. Aceleración final

Hemos hecho tanto culto de las formas, y así estamos. Las formas son de segundo orden, lo importante es el contenido. Si ponés las formas sobre el contenido, tenés la sociedad hipócrita que tenemos. Nos hundimos. Las formas son el lenguaje de los mediocres, porque no pueden aceptar el contenido.

El 2018 es el año de la consagración de la figura de Milei como entretenedor de pantallas políticas, con ramificaciones hacia zonas del entretenimiento general en las que va insertando con menor o mayor profundidad –y menor o mayor veracidad– las cuestiones biográficas. El factor común de los lenguajes desplegados en ambos hemisferios es su uso "zarpado", sea para agredir en nombre de sus ideas a quienes se las cuestionen (el cuestionamiento es para él un obstáculo que hay que aplastar en nombre de la supervivencia de las ideas superiores) como para rozar territorios sórdidos.

Y 2019 es el año del ajuste de esos lenguajes, calibrados en favor de la intransigencia y la intolerancia extremas como valores ocultos que merecen (e incluso deben) ser revelados en la esfera pública, ya

lanzada a estirar sus condiciones de convivencia hacia las últimas fronteras.

Si hay algo nuevo que viene a aportar Milei a la política, antes ha sido aportado a la televisión. Es la era en la que se puede decir cualquier cosa de cualquier manera, y eso ocurre porque buena parte de la sociedad está dispuesta no solo a recibir ese todo sin censura sino, también, a solicitarlo.

Durante ese año, Milei multiplica las performances de violencia verbal, pero ya en clave de oferta política incipiente. Está explorando el territorio. Sus actitudes desbordadas se corresponden y hasta se ajustan con precisión de relojería a su lenguaje, y se diría que, contra la costumbre taciturna de los políticos tradicionales (a excepción de la también hipertextual Cristina Fernández de Kirchner, formada en sus antípodas: la escuela partidaria y la gestión de Estado), Milei representa la posibilidad de que –por fin– lo que parece, sea.

Pero ¿qué es lo que Milei parece y lo que Milei es? Lo que sea que fuere, es difícil conocerlo del todo si lo único que se ve son sus actos públicos, aunque en estos se filtren –debilitados, como es propio de la pérdida que sucede en cualquier transmisión– versiones de los actos íntimos. Para decirlo en términos heideggerianos, la primera fase del *dasein* de Milei, la del propósito, está bastante clara: imponer su mundo; la de la acción tiene, por el momento, sus condiciones de ejecución suspendidas porque todavía le falta dar el paso concreto que lo acerque al propósito, y ese paso es un paso de poder.

Lo que va intuyendo en el curso de su carrera ascendente –quizá no tanto él como quienes ven en él un producto político "penetrante"– es que su figura crece en popularidad a una velocidad exponencial, y que la distancia en el interior del *dasein* entre propósito y acto empieza a reducirse, y que la garantía para que se correspondan es el uso de todos sus lenguajes: los verbales, los teatrales y los "descatalogados" que fluyen de las profundidades de su interior.

El 9 de enero de 2019, en un móvil con Crónica, concede una entrevista en vivo desde San Bernardo. Está de gira por la costa

atlántica con una obra de teatro llamada *El consultorio de Milei,* con producción de Nito Artaza y las colaboraciones de Diego Sucalesca, Claudio Rico y Karina Milei, su hermana y su sombra afectiva.

Es una comedia inspirada en un segmento del programa *Cuatro caras bonitas*, conducido por Sucalesca por el Canal de la Ciudad durante 2018, en el que Milei parodiaba el dispositivo psicoanalítico con sus componentes típicos (un diván, un paciente con "síntomas", un cuaderno donde el "doctor" tomaba notas, etc.), desplazándolos hacia una de las obsesiones nacionales: la economía, causa oculta por la que en la Argentina habría "145 psicólogos por cada 100.000 habitantes", según el *brief* de la obra.

La entrevista de Crónica dura dieciséis minutos. En los primeros trece, Milei habla solo, con un rictus de seriedad, pero en calma, administrando un lenguaje de resonancias publicitarias en el que convergen sus ideas sobre la economía y la reseña de su propuesta teatral. A partir de ahí, el dirigente de izquierda Marcelo Ramal, uno de los invitados al piso, intenta sumarse a la conversación acerca del aumento de los servicios, pero Milei se repliega y dice que no quiere debatir con él: "Ramal, vos no sabés de estas cosas. No voy a debatir con vos porque no sabés de economía porque sos marxista. Si supieras de economía no serías socialista. ¿Por qué no se dedican a hacer cosas serias? Bien de zurdo pedorro. Andá a estudiar economía en serio. ¿Por qué no se van a cagar? ¿Para ser buen economista hay que ir a hacer quilombo y tirar piedras en el Congreso y esas pelotudeces que hacés vos, Ramal? Andá a estudiar teoría económica. Lo que estás diciendo es una pelotudez: ¡ignorante!". Se quita el audífono de retorno y se despide atacando a la conductora: "Sos una roñosa porque me tendés una trampa para ponerme a discutir con un pelotudo que no sabe. ¡Tomá, Ramal! ¡La tenés adentro, boludo!".

El 12 de febrero, también en Crónica, ya de regreso de la gira teatral por la costa, aparece en el centro de la escena, rodeado de la curiosidad de los panelistas, entre los que se encuentra el economista Agustín D'Attellis, su antimateria ideológica, quien en un registro de cortesía le pregunta si el ajuste no es incompatible con una política de crecimiento. Milei le contesta, seco: "Es incompatible

para vos, que sos keynesiano. Para un tipo que sabe de economía como yo, no".

Cuando D'Attellis, pasando por alto el trato desconsiderado, intenta hacerle otra pregunta en el mismo registro de cortesía con el que hizo la pregunta anterior, Milei lo interrumpe malhumorado: "Yo no vine a debatir con vos porque no sabés de economía". D'Attellis insiste en no caer a la banquina de la conversación, pero Milei ya ni lo mira y le dice a la conductora que esas no son las condiciones acordadas de su entrevista.

Todo lo que vaya a decir D'Attellis a partir de ahora será considerado por Milei "una estupidez". Su operación consiste en entrar a una situación en la que, por agresión o exclusión, hable él solo, desenganchado de la realidad de los otros, y a veces de la propia, para que sus parlamentos "puros" tengan el solipsismo del sueño.

No hay saber más allá de él, lo que lo inviste de una autoridad "natural" en todos los debates, al tiempo que rechaza olímpicamente la de los demás, introduciendo un extraño modo de conversación basado en el monólogo, por no llamarlo de un modo más técnico "monólogo silencioso", como llamó Borges al monólogo interior de Molly Bloom en *Ulises*, de James Joyce, en el sentido de monólogo interior en estado de expresionismo. Aunque quizá sea una evolución de esos monólogos porque, al soltarlos, como quien suelta un perro encadenado, lo que sucede es que, al ser fragmentarios, conservan el efecto de una conversación, incluso de una discusión en la que Milei *parece que siempre gana*. ¿Por qué? Porque el efecto de conversación es envuelto por el efecto más amplio del monólogo.

La clave de eficacia está en el metabolismo del monólogo, que asimila sin proceso –sin tiempo– los intercambios convertidos en farsa dado que, en la dinámica monólogo *versus* diálogo, el diálogo queda completamente absorbido. *Parece* un diálogo porque en los espectáculos basados en hablar hay varias personas distribuidas en una estructura de discusión, pero es un monólogo porque cuando está Milei hay una sola persona: *él*.

Su herramienta *gadget* es la postulación de verdades impenetrables, auxiliada por diferentes modalidades de bloqueo, ya

sea por desautorización masiva de los interlocutores ("vos no sabés", "con vos no hablo") o por escalada de descalificaciones en las que el vértigo verbal, el insulto, el grito y la pertinacia se llevan a la extenuación para conformar la piedra inamovible de la intransigencia. Cuando habla Milei, no queda nadie.

Pero, así como su prédica arrasa con las diferencias allí donde surjan, no está –de ninguna manera– predicando en el desierto. Todo lo contrario: es el enviado de la experiencia popular de desilusión en la política que, otra vez, como en el 2001, encuentra un solaz en la renovada ilusión de abolirla. Ese nihilismo en versión de *spleen*, a diferencia de su antecedente de 2001, encuentra en Milei el milagro del contenido pleno sin condescender a la banalidad de la forma, reemplazando el código de la corrección política, que es el de la intervención pública "medida", por el código exaltado de la intimidad hogareña, digamos una intimidad de escrache.

Con D'Attellis silenciado y marginado de la horizontalidad del intercambio que es el alma perdida del *talk show*, Milei introduce una analogía literaria: "Según la hipótesis estúpida del keynesianismo, vos le tenés que decir a Robinson Crusoe que salga a consumir. ¿Qué consume en esa isla? No puede consumir nada. ¿Qué querés? ¿Que se trague la arena? No puede. ¿Sabés lo que tiene que hacer? Primero tiene que laburar, subirse a la palmera, bajarse los cocos y después puede comer. Esa es la lógica: primero generás ingresos, y a partir de ahí podés consumir".

Por tratarse de un ejemplo elaborado, aunque montado menos sobre *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, que sobre cierta divulgación mitológica de la idea de isla desierta que la escuela austríaca de economía instila en sus discípulos en un sentido religioso (es decir, sin alternativas hermenéuticas), tal vez valga la pena analizar tanto la secuencia como los términos aludidos por Milei. Empezando por el hecho de que por más estúpida que sea la hipótesis del keynesianismo, no dice nada de lo que habría que decirle a Robinson Crusoe. Menos aún, que salga a consumir, porque ¿cómo podría hacerlo en una isla desierta, sin mercado ni medios de producción?

Sin embargo, el asunto no es –no del todo: en ninguna lectura libre algo lo es del todo– el vacío de la isla como tabla rasa del mantra capital-trabajo-producción-consumo. Hay que considerar también el origen y las ideas de Crusoe, un náufrago de los mares, pero también de la civilización de la Revolución Industrial en el Reino Unido, que ha orientado la lectura de James Joyce, quizá excesivamente patriótica, hacia el encuadre de una novelística colonial.

En primer lugar, nadie le dice nada a Robinson Crusoe porque, como se sabe, la isla a la que llega luego de su naufragio es un territorio desierto. Por lo tanto, el universo económico se reduce a una sola persona, que no discute con nadie sobre qué hacer, simplificando hasta lo imposible los elementos complejos de una economía en sociedad. Crusoe es producto y consumidor en un sitio sin comunidad y, por lo tanto, sin organización, sin división del trabajo y, todavía, sin capitalismo, por lo que todas las analogías podrían corresponderse con la que el individuo solitario, y también todos los lectores de la aventura, pudieran tener en la cabeza.

El encuentro con Viernes, más que instaurar la idea de un esquema de producción y consumo en el desierto, restaura una estructura de esclavitud que Crusoe tiene presente por cuestiones culturales, es decir que no elige ni mucho menos inventa la relación con Viernes sino que es la única idea que tiene, y la tiene en términos de sentimiento *educado*.

Un sistema complejo de relaciones y funciones –los que la economía necesita para ser representada de algún modo– no parecería encontrar fidelidad analógica en la experiencia de un solo sujeto en cuyo nombre se reemplaza la dinámica de la vida material en sociedad. Lo único que no parece corresponderse con la experiencia de Crusoe es que de ella se desprende *inevitablemente* una economía, en el sentido de una sola.

¿Para qué va a "laburar" Crusoe, si cuenta con los excedentes de la naturaleza? Excedentes que, dicho sea de paso, ¿en qué mercado podría colocar? Le queda la grata tarea de rascarse mientras acumula. Y, ante la llegada de Viernes, tampoco hay mucho más que hacer que vivir de la "renta" de los cocos o de la pesca, salvo abrir la

economía a los caníbales, pero ¿quién querría cambiar figuritas con caníbales?

Si hay una economía en Crusoe es menos la de la producción (que el ejemplo economicista de Milei reduce a bajar cocos) que la de la herencia, es decir, la de la recolección de lo dado sin esfuerzo. ¿O acaso Crusoe, considerando las circunstancias en las que puede sobrevivir, no es un heredero de la naturaleza con una deriva cantada hacia el hippismo más que hacia el esquema innecesario que ordena el capital, el trabajo y el mérito?

Es que en esas circunstancias es difícil ver –más allá del entusiasmo con que lo transmite Milei– que Crusoe esté obligado a generar "ingresos" para después poder "consumir" y, menos aún, que sea eso lo que haga. Y es que lo que siempre ve Milei es un solo modelo, El Ideal, incluso cuando se hace innecesaria su presencia en la materialidad de la vida. Porque pensando amistosamente en Crusoe, ¿para qué va a someterse a la matricería esquemática de trabajar-consumir y recién después ganarse el Paraíso del tiempo libre, teniendo, como quien dice, la vaca atada?

Luego, abandona el ejemplo robinsoniano y recuerda en *speech* liberal la secuencia trabajo, ingreso, acumulación de capital, inversión de capital, contratación de trabajadores (a mayor producción, mayor salario) y consumo. D'Attellis le habla del "efecto derrame", y Milei le dice: "Esa burrada no te la voy a dejar pasar". La conductora, Rosario Lufrano, le dice: "No le digas 'burrada' a cada cosa que te dice, Javier. Así no se puede hablar".

"Así no se puede hablar" es un modo de reprocharle a Milei que habla solo. Sucedió lo mismo en la obra *El consultorio de Milei*, de la que estaba bajando luego de la breve gira por la costa. El imitador Claudio Rico dice: "Se iba por las ramas y a veces estábamos una hora y media mientras él seguía con su locura". En palabras de Diego Sucalesca, el *partenaire* de la obra: "Todo el tiempo pasaba que había que seguirlo más allá del guion".

Quizá no haya "un más allá del guion" sino, simplemente, otro guion, un guion biológico, que remeda en versión orgánica el "guion de hierro" de Vsévolod Pudovkin en *El fin de San Petersburgo*, en la que el control estricto del drama y el principio de verosimilitud de la

historia alcanzan hasta el "encuadre de hierro". En este caso, el hierro en el que se fragua la figura de Milei es el de su personalidad, que transmite con el supralenguaje del cuerpo las supersticiones de sus postulados económicos, en las que sus resonancias místicas se encuentran con que la fuerza de la fe ya perdida en la política es ahora la de la destrucción de la política.

El cuerpo de Milei es el alma de Milei, de la que se empieza a celebrar su transparencia, además de su intransigencia, que es la falta de condescendencia mínima hacia las ideas y, a veces, hacia la existencia de los otros, al punto de no reconocer siquiera lo conocido bajo la oscuridad de la ira.

El ejemplo más acabado del afianzamiento de ese tipo de conductas sedimentadas que empiezan a cerrar el círculo sobre una oferta inesperada de identidad política (la identidad que faltaba) sucedió el 25 de septiembre de 2019, en *Intratables*, donde Milei ya ocupa un lugar fijo y central, alrededor del cual gira la rueda del programa.

Está glosando un informe del BID en el que, según su lectura, muestra que "la peor región del mundo" (América Latina) tiene un promedio del 4,4% del PBI de "ineficiencia técnica", y que la "Argentina tiene 7,2%", por lo que encabeza ese *ranking* nefasto. Pero, además (suponemos que sigue hablando del mismo informe) "tiene un concepto que llaman 'filtraciones', que es el choreo, que es del 5% del PBI. O sea que los políticos en la Argentina se roban 25.000 millones de dólares por año".

Se refiere, en primer término, a un informe del BID sobre corrupción, en el que, en efecto, se habla de "ineficiencia técnica" y en el que la Argentina encabeza el *ranking* con una tasa del 7,2%, pero allí no se asocia ese ítem a la corrupción. Y, en el segundo bloque del argumento, ya no se refiere al mismo informe, aunque quede latente que sí porque en ningún momento aclara que ha cambiado de fuente en medio del mismo párrafo.

Ahora se refiere, mientras abandona en puntas de pie aquel primer informe que sostiene su base argumental, a la corrupción masiva que, según el Foro Económico Mundial (el Foro de Davos), es el 5% del PBI global. El número es redondo, pero la fuente en la que

habría de originarse el dato es inhallable, excepto como un chisme que circula desde, por lo menos, 2015. Y, como todo número redondo, deja en la memoria sus resonancias publicitarias.

Milei ajusta la rosca de esa mitología dos veces, hasta falsearla. Primero, dando por sentado (todo lo que él dice, no importa lo poético que sea, lo embriaga con la música de los hechos) que ese 5% es universal e inamovible; luego, adjudicándole a ese porcentaje un número basado en sus proporciones respecto de un PBI nacional estimado en 500.000 millones de dólares (de los que el 5% serían los mentados 25.000 millones de dólares); y, finalmente, revelando que son "los políticos" argentinos los que se los roban.

Aquí tampoco Milei acepta matices, ni siquiera los enciclopédicos. No hay variantes en los actores de la corrupción, y tampoco las hay en los territorios donde esta opere. Hay, en singular, corrupción únicamente de los políticos en el Estado; es decir, hay una sola corrupción que es potencia y es acto, sin las impurezas con que las instituciones, las empresas o los organismos internacionales puedan mancharle la camisa al político argentino más de lo que ya la tienen; y en esa composición fantástica de las tentaciones de la vida, no hay uno solo de esos 25.000 millones de dólares que pueda ser desviado de la línea recta que ha trazado Milei, para quien hasta lo impuro debe darse en estado de pureza. Y para que eso ocurra, administra a la velocidad de la luz la técnica del corte y el empalme, es decir, el montaje, lo que produce el efecto deseado de la continuidad en las aguas turbias del río que arrastra sus argumentos.

Tenemos, en un principio, datos extraídos de un informe del BID, y allí hay un argumento (la "ineficiencia técnica", traducida por él como ineficacia exclusivamente estatal) en favor de su discurso. Pero le falta la hipérbole. Necesita "hacer" otros números que suenen más impresionantes y menos abstractos que el modesto 7,2%, pero además necesita una especulación monetaria (mínimo 25.000 millones de dólares), para darle la escala astronómica que se corresponda con el robo de los políticos que pueda encajar en su imaginario.

Entre los invitados al programa, está Nito Artaza, productor de *El consultorio de Milei*, actor y exsenador nacional por la UCR de

Corrientes, quien intenta hablar de la "bicicleta financiera". Pero Milei lo corta, le dice "ignorante", que dice "burradas" y "no sabe hacer las cuentas". Luego empieza a describir en su habitual código de rezo qué es el liberalismo, el conductor Fabián Doman intenta interrumpirlo, y Milei le grita: "¡Dejame terminar, Fabián, una vez!". Doman le contesta: "¡Pero si estás hablando hace una hora!".

Artaza le dice a Milei que los liberales tienen que resolver el tema de la desigualdad. Milei dice que, si lo acusa a él "desde ese lugar", es un "fascista, un nazi, un comunista". Artaza contesta: "Sé serio en lo que decís, el humorista soy yo acá". Milei grita de una manera descontrolada: "¡¿Qué hablás de desigualdad si no sabés medir la desigualdad?!". Artaza le pide resolver la desigualdad "como liberal". Milei eleva los gritos hasta lo imposible: "¡Para resolver lo que vos llamás desigualdad, hay que robárselo a una persona para dárselo a otra! ¡Bien de chorros!". Artaza le dice que va a terminar siendo político: "Acordate lo que te digo"; y Milei le contesta: "¡Para que ustedes los políticos no nos roben!".

Afectado por haber recibido el mote de "nazi", Artaza le dice que no sabe nada de política, y la alteración de Milei crece: "¡¿Cómo voy a saber de política si soy un tipo honesto?! ¡Yo no soy chorro, por eso no sé de política! ¡Porque para ser político hay que ser chorro! ¡Viven afanándole a la gente!". El conductor Fabián Doman no sabe muy bien qué hacer. La cámara se va con él, pero los gritos de Milei siguen oyéndose en *off*: "¡Zurdos de mierda!". Una voz, probablemente de un asistente de producción, le dice a Milei, también en *off*: "¿No entendés lo que es basta?". Milei sigue gritando, fuera de cuadro: "¡¿A quién mató el liberalismo?! ¡¿De qué me hablás?! ¡Es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo! ¡El liberalismo no mató a nadie, idiota! ¡Estás culpando a alguien de lo que no hizo!". Artaza le dice que está perdiendo la razón, y Milei le responde: "¡No, no pierdo la razón! ¡No voy a dejar que me insultes!".

La periodista Carolina Perín pide suavizar las formas. Milei la interrumpe, le dice que su posición es "nazi" o "comunista", le reprocha hacer "un culto de las formas y no del contenido", y agrega: "¡Métanse lo políticamente correcto en el orto!". El

conductor, Doman, le pide por favor que baje el tono, caso contrario le va a tener que pedir que se vaya: "Sos mi amigo: ¡calmate!". Milei dice: "Si me tengo que ir, me voy".

Doman prueba llevarlo a la calma por la vía de la adulación. Le dice que, "académicamente", ni él ni los otros panelistas están "a su altura", pero le cuestiona haber acusado de "nazi" tanto a Perín como a Artaza. Con solo reconocer que incurrió en un error, la conversación podría engranar la cadena que se le soltó. Pero la posición de Milei es irreductible, y tiene una misión: transmitir el mayor valor de la nueva ilusión política nacional, que es la de no retroceder para que flamee bien alta la bandera de la *convicción*.

Dice, cada vez más lejos de limar asperezas: "Hemos hecho tanto culto de las formas, y así estamos. Las formas son de segundo orden, lo importante es el contenido. Si ponés las formas sobre el contenido, tenés la sociedad hipócrita que tenemos. Nos hundimos. Las formas son el lenguaje de los mediocres, porque no pueden aceptar el contenido". Doman insiste en rectificar la imagen que Milei está dando: "Javier, yo te conozco: no sos el de esta noche. Entonces, te pido que te calmes". Milei dice: "Es que fui agredido". Todos le dicen que no fue agredido, y no lo fue. Solo surgieron, en el debate, ideas distintas a las de él. Pero su explicación es que "determinadas definiciones son agresivas". Lo son *en sí mismas,* por lo que es su mera existencia lo que las vuelve violentas.

Este no es el primer drama televisivo que protagoniza, aunque sea una muestra extrema. Una y otra vez, sus intervenciones airadas lo dejan al borde de la exclusión, y es ese "riesgo", el de estar en las discusiones públicas al costo de poder ser expulsado o de irse por voluntad propia, lo que distingue su figura en contraste con lo "políticamente correcto" y le otorga un valor popular, porque ¿quiénes son los excluidos de las discusiones públicas si no los ciudadanos hartos de la representación política formalista?

Y acá, en lo que podría llamarse la sintaxis del debate argentino, hay algo nuevo. Consiste en reivindicar cualquier forma si lo que se transmite es un solo contenido libre de dudas: sin rivales (sin reconocimiento del rival), sin matices, y sin lo que la periodista Carolina Perín, al solicitarle calma a Milei, llamó "articulación".

Para que el triunfo de la posición intransigente no se vea empañado ni siquiera por el saludo reglamentario de los contrincantes, Milei sigue extendiendo los incidentes aun cuando Doman lo invita a saludarse con Nito Artaza. Como saliendo del trance de agresividad hacia la comedia, se acerca y dice: "¿Cómo no me voy a saludar con Nito?". Artaza, que ha quedado tenso por las agresiones (ese es el costo de discutir con Milei, es decir, el costo de enfrentarse a su "verdad"), le recrimina el maltrato y le pide que no sea egoísta. Entonces, Milei vuelve al modo inicial y le contesta con seriedad: "Tu pensamiento lleva a la pobreza; y, sin egoísmo, no vivís".

5. Lo que está escrito

Libertarios: estamos frente a un momento histórico. Después de cien años de decadencia socialista y de ser víctimas de zurdos empobrecedores, los individuos comenzaron a despertar. Es nuestra misión contarles que el camino es el camino de la libertad. Recordemos que en los países que son libres el PBI es ocho veces más grande que el de los países reprimidos.

Además de un Milei oral y teatral explosivo, también hay uno que se manifiesta por escrito, y al que el propio Milei no deja de evocar con autoindulgencia. Lo hace de un modo machacante en los momentos en los que las discusiones de las que participan tienden a la horizontalidad –es decir, a la normalidad–, y se automatiza en él la necesidad de despegarse hacia arriba, imponiendo un aura bibliófila en nombre del Milei lectoescritor, una supraautoridad que no puede condescender a las discusiones llanas. Se trata de una fe extraña, impregnada de candor, dado que la profesa en una época en la que

cualquiera publica un libro, muchas veces sin la obligación de escribirlo.

Según Wikipedia, que no hace referencia a los *papers* que Milei cuenta por docenas –es un género que circula por comunidades de lectores específicas, cuando no duermen la siesta de la indiferencia–, hasta septiembre de 2025 había publicado once libros, de los cuales *Un marco teórico para el análisis del sector eléctrico argentino* (1997) y *Regulación por tasa de retorno y valor de mercado: interpretando la lógica económica de los reclamos que enfrenta Argentina ante el CIADI* (2007) no tuvieron publicaciones físicas (el primero alude genéricamente a la Universidad de Belgrano; y el segundo, al Cedes –Centro de Estudios de Estado y Sociedad–).

Luego se suceden *Lecturas de economía en tiempos del kirchnerismo* (Unión Editorial, 2014), con prólogo de Ricardo López Murphy y una tapa que reproduce *El grito*, de Edvard Munch "intervenido" por un segundo plano en el que, en un distribuidor de rutas, aparecen carteles que indican los caminos enloquecedores que llevan al cepo cambiario, la emisión monetaria y el déficit fiscal; *Política económica contrarreloj: síntomas, diagnóstico y medidas para salir del cepo y volver a crecer* (Ediciones Barbarroja, 2014), en coautoría con Diego Giacomini y Federico Ferrelli Mazza; *El retorno al sendero de la decadencia argentina* (Grupo Unión, 2015); *Otra vez sopa: maquinita, infleta y devaluta* (Ediciones B-Grupo Zeta, 2017), en coautoría con Diego Giacomini; *Desenmascarando la mentira keynesiana: Keynes, Friedman y el triunfo de la Escuela Austriaca*, con prefacios de Ricardo López Murphy (quien se refiere a Milei como "El Profesor") y palabras preliminares de Diego Giacomini (Unión Editorial, 2018); *Libertad, libertad, libertad: para romper las cadenas que no nos dejan crecer*, en coautoría con Diego Giacomini, con quien comparte además la imagen de la portada (Galerna, 2019); *Pandenomics. La economía que viene en tiempos de megarrecesión, inflación y crisis global* (Galerna, 2020); *El camino del libertario* (Planeta, 2022); *El fin de la inflación* (Planeta, 2023); *Capitalismo, socialismo y la trampa neoclásica* (Planeta, 2024) y *La construcción del milagro* (Hojas del Sur, 2025).

A medida que Milei construye su figura de autor en el sentido de ideólogo textual, el registro que emplea comienza a sufrir hibridaciones en las que la formación académica de "El Profesor", que recorre el espinel de Keynes, Friedman y la escuela austríaca –la especialidad de fondo–, fumigando masivamente los fantasmas que broten de cualquier antagonismo, comienza a fusionarse con la pasión que introduce, sin cuidados formales, el factor autobiográfico.

Sus ideas ya no están solas en sus libros: también está él en ellos, acompañándolas, de algún modo sacrificándose por ellas en la primera línea de combate. Digamos que, junto a las ideas, está su cuerpo. Esas filtraciones –que comienzan a darse a partir de sus performances públicas– revelan lo que esas ideas tienen de personal, y su naturaleza indivisible en la medida en que él no es otra cosa que la encarnación de ellas. Si a ese proceso no se le da el nombre de misticismo, al menos se le deberá reconocer lo que a la vista salta como voluntad de cumplir una misión, lo que somete a la paradoja su comentario reiterado acerca de que "lo importante son las ideas, no las personas".

En *Pandenomics* sucede un deslizamiento hacia una intervención textual pública de características específicas, como resultado (incluso en medio) de la pandemia por coronavirus de 2020. Dice: "Acabo de comparar la reacción de los Estados Unidos ante el Coronavirus con la de Francia. Si quisiera referirme a países en vías de desarrollo con tipo de cambio flexible, debería comparar a Chile con Brasil. En el caso de los países con tipo de cambio fijo, a Panamá con Ecuador. Y después, en una categoría aparte, está la Argentina, que es como Sor Juana Inés de la Cruz: Yo, la peor de todas".

Milei cuenta que está entusiasmado –su entusiasmo tiene siempre el refuerzo del envalentonamiento– con la marcha contra el gobierno del 20 de junio de 2020, que él percibe como el momento inaugural en el que una multitud defiende los "valores liberales" y otros, como una manifestación antivacunas. Su recuerdo del evento es emotivo. Dice: "Por primera vez desde que tengo memoria, todos reclamaron por el derecho de propiedad, la libertad y que se les permitiera trabajar"; se pregunta si esos reclamos empujarán un cambio

profundo, y se responde que en términos de "dominancia estocástica", la Argentina está mejor.

De golpe, en un mundo monográfico que no habla de otro tema que del contagio exponencial de la peste, Milei imposta la jerga de la infectología para atacar las políticas sanitaristas de Estado que, ante la ilegibilidad del covid-19, se manifiesta como una necesidad global. Dice: "¿Cómo entran los coronavirus a la célula blanco? Por contacto entre la proteína S y cierto receptor en la membrana celular. Para el virus SARS-CoV el receptor específico es la proteína llamada ACE2. Si en los humanos el SARS-CoV ataca principalmente a los pulmones y al intestino delgado, es porque esos órganos tienen células epiteliales en las que se expresa la proteína ACE2. Bastan dos residuos aminoacídicos en el RBD de SARS-CoV de un hospedador intermediario para que esta proteína gane la habilidad de unirse al ACE2 de humanos. La proteína ACE2 también funciona como receptor para el nuevo SARS-CoV-2, que puede también fusionarse en forma directa con la membrana plasmática celular. Una vez que se produce el ingreso del virus en la célula hospedadora, se desnuda la partícula dentro del citoplasma".

Pero ¿quién es el que habla? ¿Quién, en uso de un idiolecto que ignoraba un instante antes de emplearlo, ha sido capaz de cortar y pegar "como si supiera" esas chispas extraídas de la biología dura? Milei no está preparado para divulgar con conocimiento de causa profundo los pormenores de ese universo, pero cree en esa versión criptográfica de los hechos que alguien le resumió (o que él resumió de alguien), y basta que se active esa fe para afirmarse en una posición intransigente. Después de todo, ¿quién no se vio tentado alguna vez de fingir conocimiento de lo que ignora?

Esas maniobras léxicas que consisten en manejar herramientas específicas sin haber siquiera entrevisto los manuales de instrucción, continúan en los capítulos siguientes de *Pandenomics*, entrando ya en el universo de la economía. En tramos extensos y propensos al galimatías, se suceden algoritmos, ecuaciones de productividad en pandemia, descripciones del equilibrio del estado estacionario en el modelo de Solow-Swan, explicaciones matemáticas de la pandemia con fórmulas de los "clásicos", especulaciones sobre el aumento de

la inversión doméstica y el tipo de cambio real, subestimación de la letalidad del covid-19 en contraste con los 427.397 muertos diarios de la fiebre española ("número que al covid-19 le costó cinco meses alcanzar"), asociaciones entre la pandemia y el avance del socialismo y entre la pandemia y la inflación, y ejemplos de política comercial proteccionista basados en la fantasía de que el gobierno podría prohibir la importación de automóviles.

Entretanto se van filtrando plagios "hormiga" a los físicos Salvador Galindo Uribarri y Antonio Guirao, a la economista jefa del FMI, Gita Gopinath, a un informe de la OIT y a un sistema de ecuaciones que, según Milei, "son de dominio público".

En *Pandenomics*, a pesar de patrocinar la propiedad como segunda bandera en orden de importancia después de la vida, se usurpan con engolosinamiento las tierras de la propiedad intelectual. El libro se convirtió asimismo en el guion "original" de la película homónima de Santiago Oría, en la que Milei aborrece de la "infectocracia" y dice que el gobierno "cumplió el sueño húmedo de todos los zurdos de mierda, que es el control social sobre la población".

En el capítulo de la "batalla cultural" aparece la bandera de Gadsden, con su legendaria serpiente cascabel en guardia y el lema "*Don't tread on me*" ("No me pises"). La escenografía carcelaria es un remedo de *Escape de Nueva York* (1981), de John Carpenter, en el que el gueto de los asediados y maltratados por el Estado incuba su liberación en interiores clandestinos donde arrecian la niebla de máquinas y una iluminación rembrandtiana.

El dispositivo dramático es de altísima presión, su discurso es la queja masiva –con Milei a la cabeza de un grupo de anónimos– contra el fracaso de las sociedades con Estado, y su objetivo es la fuga en el sentido en que se fuga la radiactividad en un reactor nuclear averiado. Y si bien las hilachas cuelgan gruesas del artificio de la representación, hay algo que se intuye verdadero, algo que podría ser el factor documental del artificio y que desaloja su teatro a cambio de quedarse con la realidad que representa. Es decir que algo de esa representación está sucediendo *en serio*.

En la última escena, Milei dice: "Libertarios: estamos frente a un momento histórico. Después de cien años de decadencia socialista y

de ser víctimas de zurdos empobrecedores, los individuos comenzaron a despertar. Es nuestra misión contarles que el camino es el camino de la libertad. Recordemos que en los países que son libres el PBI es ocho veces más grande que el de los países reprimidos". Y les recuerda a quienes está fascinando con una arenga en la cima de la exaltación, que ellos son "superiores en el plano de la moral, ya que el socialismo se basa en la envidia, en el odio, en el resentimiento, en el trato desigual ante la ley, en el robo, en el asesinato, mientras que nosotros nos basamos en el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo".

A la autopercepción de la superioridad moral, "y como si todo esto fuera poco" (por lo que se está viendo, poco no es), le agrega la "superioridad estética", cuyas pruebas se obtendrían recordando lo que era la Unión Soviética y, de ella, "lo que eran sus edificios cuadrados, oscuros, sin ventanas", para compararla "con la maravilla que es Nueva York". Y dice: "¡Por lo tanto, la victoria será nuestra! ¡Avancemos sin miedo! ¡Viva la libertad, carajo!".

La turba libertaria redobla su ardor, y desde las sombras de un segundo plano llega taconeando Lilia Lemoine, embutida en el catsuit de la Capitana AnCap (por Anarco Capitalista), heroína surgida de una reunión de otakus y aficionados al animé. Trae una valija metálica, en cuyo interior hay un traje similar al que tiene puesto, y le dice a Milei que el Banco Central "está haciendo de las suyas de nuevo", hace una pausa física con una gracia que no se puede negar, y agrega: "Creo que es hora de cerrarlo de una buena vez".

Milei contempla el disfraz de Capitán AnCap con una "cita" de la mirada hipnotizada de Alex, el narrador protagonista de *La naranja mecánica*, de Anthony Burgess (inventor de la palabra *horrorshow*), inmortalizada por Malcom McDowell en la adaptación cinematográfica de Stanley Kubrick, mientras se oye al coro de adeptos gritar con la convicción irreversible con la que se sostienen las divisas sectarias: "¡Destrucción!, ¡Destrucción!, ¡Destrucción!".

En *El camino del libertario*, que no nos salva de un prólogo alucinado de Alberto Benegas Lynch (h) en el que lo vemos obsesionado por la abundancia de agua en el mundo, Milei empieza

así: "Nací el 22 de octubre de 1970 en el seno de una familia de clase media. 'El Libertario', ese que ahora soy yo, lo hizo apenas un tiempo después". La prueba de que las cosas han cambiado, y de que las ideas están ahora detrás de su difusor luego de haber estado adelante, es la presencia ya no de un "yo", sino de dos: el del nacido y el del que vuelve a nacer.

Lo autobiográfico no solo ya está ahí, sino que se presenta antes que la materia ideológica. Son páginas de confesiones trepidantes, descuidadas en el mejor sentido, en las que los hitos laborales se alinean con las cosas de la vida, desatando un despliegue catártico acerca de su interés por la economía, asociado a su idolatría por Ubaldo Matildo Fillol, a quien trató de emular en la infancia a pesar de que sus características "no eran las más adecuadas para un arquero". Lo que lo llevó a entrenar más, obteniendo resultados sobrenaturales, si se le da crédito a su cuento de que con "semejante nivel de entrenamiento" (seis horas por día), el travesaño le quedaba "a la altura del pecho" cuando saltaba.

La altura del travesaño de un arco de fútbol es de 2,44 metros, y la del pecho de una persona de 1,80 metros de altura (lo que Milei dice que mide, pero quizá sea menos) es de aproximadamente 1,35 metros, por lo que el arquero Milei debió haber saltado –sin carrera, dado que la cárcel del arquero es el arco– unos 1,09 metros para darle a lo imposible la realidad de una proeza. Aquella que no pudieron alcanzar el propio Fillol, ni sucesores como Emiliano "Dibu" Martínez, que mide 1,95 metros. Salvo que el travesaño al que alude Milei no haya tenido la medida reglamentaria, lo que nos predispone a considerar su relación con las referencias, a las que le cuesta ajustarse mediante la experiencia de la objetivación.

Luego cuenta que abandonó el arco por la lectura de "muchísimos libros" de economía, y así comenzó "un proceso de educación autodidacta" después de una temprana atracción por las discusiones públicas que se daban en el programa *Tiempo nuevo*, de Bernardo Neustadt, que "miraba solo". El ciclo le parecía "maravilloso" porque por su escenario veía pasar "grandes pensadores", entre ellos "alguien que explicaba con facilidad lo que en boca de otros parecía difícil: Juan Carlos de Pablo, 'El Profesor'".

De Pablo, pionero de la divulgación pop del idiolecto economicista utilizando traducciones campechanas de sistemas complejos mediante el arte del reduccionismo, es su maestro, como lo fue de casi todos los divulgadores del "misterio" de la economía que abominan de la existencia de la política. Y tuvo junto a él –según cuenta Milei en *El camino del libertario*– una epifanía durante un viaje en ascensor.

Estaban en Tucumán, donde Milei dio una conferencia "espantosa" en una reunión de la Asociación Argentina de Economía Política. Había fallado en la demostración matemática de sus ideas y tomó el ascensor para encerrarse en su cuarto de hotel. Adentro del ascensor estaba De Pablo, al que Milei le dice: "¡Soy un pelotudo! Acabo de exponer para el orto". De Pablo le dice: "Te doy cinco pisos para que me cuentes lo mismo, pero como un cuentito". Milei dice: "Lo increíble fue que, lo que no había logrado en veinte minutos, lo conseguí en cinco pisos de ascensor". La lección incidental de su maestro, que introduce una cura desbarroquizadora en el modo fallido en que Milei transmitía sus ideales blindados, lo inicia en el código de la vulgarización (el "cuentito").

El avance autobiográfico de *El camino del libertario* pasa como postes varias estaciones, apenas entrevistas desde la velocidad supersónica de la confesión: su paso por el estudio de Miguel Ángel Broda, donde deja de analizar lo que hacen los demás "para estar del lado de los que escribían"; su encuentro con su perro Conan en Córdoba; los problemas con un trabajo en el que le van bajando poco a poco el compromiso horario y el sueldo; su dieta a base de pizzas, que lo llevó a pesar 120 kilos; su afición por Bellini y Donizetti; las menciones misteriosas sobre "la miseria de algunas personas que aprovechan que estás en el piso para patearte"; su ingreso a Corporación América; la recomendación de Mauro Viale en línea con el "cuentito" que recomendaba De Pablo ("Vos sos un pibe que sabe un montón, pero tus explicaciones son muy largas. Tenés que pensar que esto es como un *round* de boxeo. Tenés tres minutos para contar la idea. ¡Ah! Eso sí, en el primer minuto tenés que meter una piña de *KO*").

Después entra de lleno a la materia económica, y habla de las cuatro conferencias de Robert Solow sobre "La teoría del crecimiento: una exposición", y del crecimiento económico según Hywel G. Jones, Robert J. Barro, Xavier Sala i Martín, Philippe Aghion y Peter Howitt. Para luego pasar a "los datos". Entre los que se destacan los asociados a la evolución del PBI per cápita entre el año 0 y el 2000. Pero ¿quién medía en el año 0 el PBI? ¿Con qué información y sobre la base de qué criterios? ¿Lo medían en todos los países del mundo, incluyendo los que aún no existían?

El fantaseo estadístico es uno de los recursos preferidos de la ingeniería argumental de Milei. Si se tratara de una ingeniería civil, el fantaseo serían sus cimientos de goma. Porque no parece que la sociología estadística haya sido una preocupación de Augusto en la antigua Roma, ni de la dinastía Han en la antigua China.

Sin embargo, Milei dice: "Si se mira el PBI per cápita entre el año 0 y el año 1800…". Si se mira ¿dónde? ¿Cuál es la fuente de la que abreva? ¿Dónde están los vestigios de un Indec de dos mil años? No están. Nunca estuvieron, excepto como especulación artística. De hecho, Milei invoca a su manera una "literatura" que es la que describe la "evolución" de los productos brutos internos del mundo usando la analogía del "palo de hockey".

El desarrollo de esta ficción no se priva de una advertencia autocelebratoria: "Comencé a pensar en estos problemas de largo plazo y empecé a mejorar mucho en mis análisis". Esa "mejora" lo llevó a relevar la línea del tiempo de los PBI por medio de un registro exhaustivo de sus anhelos. Dice: "Si se mira el PBI per cápita entre el año 0 y el año 1800, solamente crece el 40%, es decir que el mundo crecía a un ritmo del 0,02% anual per cápita. O sea: nada. Necesitabas más de tres mil quinientos años para poder duplicar el ingreso per cápita. Por otra parte, luego de la Revolución Industrial la tasa de crecimiento del PBI per cápita se multiplica prácticamente por 33, porque salta al 0,65% anual. Es más, el ritmo al que crece el PBI per cápita en la primera mitad del siglo XX salta al 1,06%. Cuando se mira la segunda mitad del siglo XX el producto crece al 2,1%, y hay estudios que, tomando en cuenta la subestimación del crecimiento en las cuentas nacionales, consideran

que en realidad la verdadera tasa a la que creció el mundo en este período fue del 3,25%. A su vez, si entrando al siglo XXI el mundo venía creciendo al 3% con crisis en el medio y todo, y si se corrige por este efecto de subestimación, se podría ir a tasas de crecimiento del 4,20%-4,25%. Puesto en otros términos y aun sin hacer esta corrección por la subestimación de las cuentas nacionales, se pasa de tardar cerca de tres mil quinientos años para poder duplicar el PBI per cápita en el siglo XVIII a ciento siete años en el siglo XIX, a sesenta y seis años en la primera mitad del siglo XX, a treinta y tres años en la segunda, para luego ubicarnos en lo que va del siglo XXI en veintitrés años. Es decir que estamos frente a un proceso de aceleración de la tasa de crecimiento fenomenal. Si tuviera que ponerle un subtítulo a esto sería: 'Piketty, la tenés adentro'".

El avance fluvial de esta parrafada merece un mínimo cuestionario que intente iluminar el interior sombrío de su euforia, cuyo corolario de apariencia incontrastable es la analogía de "el palo de hockey". "Si se mira el PBI per cápita entre el año 0 y el año 1800, solamente crece el 40%". La oración parece compacta: pocas palabras, tres números (de los cuales uno es un "resultado") y el patrón de medida "PBI per cápita" producen un efecto de verdad o de razón. Pero ¿dónde hay que mirar para probar ese crecimiento redondísimo? Porque por menos rigor que se tenga al observar esa primera línea argumental, lo que queda en evidencia es que no se ha encontrado una sola fuente en 1800 años de lo que se postula y, sin embargo, sí hay un "resultado" que, dado que no va acompañado del proceso mediante el cual se logra alcanzarlo, debería asociarse a la adivinación.

Para que no se extienda demasiado este rastreo, basta consignar que Milei, luego de viajar velozmente en una línea que va del año 0 al 1800, pasa a enumerar una serie de países que duplicaron su PBI a partir de la Revolución Industrial (el Reino Unido, en cincuenta y ocho años, a partir de 1780; Corea del Sur en nueve años, a partir de 1978; China, en siete años, a partir de 1987), y argumenta que en la medida en que avanza la historia de la humanidad, el ritmo de crecimiento del PBI es cada vez más veloz.

Para que el argumento cierre sus puertas con siete llaves en favor de una superstición cientificista típica de Pitty, la numeróloga, que vaticina eventos en la farándula argentina que jamás suceden, Milei ignora la velocidad actual del ritmo de crecimiento que, naturalmente, tiende a la disminución. Porque tomando los datos confirmados de la actualidad para, a partir de ellos, proyectar crecimientos futuros –y sin reparar en contingencias que podrían enturbiarlos–, hoy China duplicaría su PBI recién en veinte años, Corea del Sur en cincuenta y el Reino Unido en setenta y cinco.

Por más que Milei culmine su argumento aceleracionista o exponencialista o hiperbolista (invariablemente triunfalista) con la refinada dedicatoria "Piketty, la tenés adentro" (en alusión a Thomas Piketty), no parece estar probado que estemos en esta actualidad "frente a un proceso de aceleración de la tasa de crecimiento fenomenal"; aunque la administración romántica de sus fuentes lo lleve más tarde ya no simplemente a creer en la hipótesis de "la convergencia alfa", por la que "en el largo plazo todos los países tendrían el mismo producto per cápita" –algo con lo que no soñó ni Stalin–, sino a "confirmarla".

Durante la lectura de *El camino del libertario*, que responde con solidez al concepto de pastiche (los hay extraordinarios, como *El asunto Lemoine*, de Marcel Proust, en el que la apropiación de las ideas y las formas ajenas son un arte), cuando no al de novela debido a su metabolismo omnívoro, capaz de digerir en un libro de economía refritos de ideas inaplicables, confesiones íntimas, panegíricos de amigos y descalificaciones violentas de la fantasmagoría adversaria, se revela, sin embargo, un hilo que nunca se corta y que quizá sea el núcleo en el que se aloja el carácter de Milei: el hilo de la *inocencia*.

Milei lee con candor bovarista. Es un niño leyendo literatura infantil bajo el influjo del encantamiento, con la salvedad –es decir, el agravante– de que está leyendo economía. En ese régimen, no hay realidad más concreta que la textual, prueba de que la experiencia de lectura se desliza hacia el voto de fe, incluyendo la lectura de números que hace de la estadística un instrumento elástico cuyos alcances dependen de cuánto se lo quiera estirar. En esa modalidad

de lectura, sostenida en una bibliografía cerrada, sin apertura, sin filtraciones (excepto por las descargas defensivas contra el demonio Keynes), puede encontrarse, como es posible que ocurra en el curso de los caminos místicos, la pista de su conversión.

Dice: "Pensemos en diez empresas que venden celulares. De pronto una hace un desarrollo que le permite ofrecer el mejor celular al menor precio. ¿Cuál es el resultado? Las restantes nueve empresas quiebran. Ahora hay una sola empresa. Un monopolio. No intentes autoconvencerte de que es malo. No lo es. Ese monopolio es un benefactor social, hay que aplaudirlo de pie. Darme cuenta de ello implicó un shock fenomenal sobre mi forma de pensar. Ahí nació el austríaco".

La idea del monopolio como institución de mercado benefactora de la sociedad es de una puerilidad estremecedora por causa de la pureza con la que es postulada, como si una idea fuese en sí misma un hecho consumado. Pero si se diera por supuesto, como lo hace Milei, que en la fase de la competencia abierta alguien alcanza el merecido estatus de monopolio por ofrecer "el mejor celular al mejor precio", ¿en qué radicaría la segunda etapa –ya borrada del mapa la competencia– si no en su ejercicio ético, es decir, en operar *como si* siguiera compitiendo por el mejor precio y la mejor calidad? ¿Es eso posible? ¿Hay muchos antecedentes de monopolios que, una vez instalados, persistan en honrar la cultura de la competencia?

Luego de leer *Monopolio y competencia*, de Murray Rothbard, Milei recuerda haber quedado tan "impresionado" que dio con una librería de la calle Salguero, donde conoció a Patricia y Rodolfo Distel, de Editorial Unión, el sello franquicia de la escuela austríaca. A partir de ese encuentro se topó con la bibliografía de Ludwig von Mises. Fue "un camino de ida", en el que leyó "de punta a punta" las 1300 páginas de *La acción humana.*

Es una lectura de trance. La terminó y compró un ejemplar de reserva que conserva "sin tocar" y otro "para llevar a la oficina y trabajarlo a full". Abría el libro en un tema y se encontraba con que estaba "todo subrayado" (difícil no imaginar a Pierre Menard subrayando *El Quijote*); iba a otro tema, y otra vez veía el subrayado. Entonces revisó el libro y descubrió que había leído *La*

acción humana "tres veces". Y luego fue en busca de todos los libros de Mises y, más tarde, compró la obra completa de Hayek, que leyó de manera incompleta y que, a diferencia de Mises –de escritura más directa–, le costaba asimilar. Y luego de semblantear a Hayek pasó a *El hombre, la economía y el Estado*, de Rothbard, con el que quedó "fascinado", a tal punto que cuando llegó el momento en el que Rothbard se vuelve anarcocapitalista, él también terminó siendo un anarcocapitalista, lo mismo que le sucedió a Alonso Quijano que, luego de leer novelas de caballería, se convirtió *mentalmente* en un caballero.

El evento final de la conversión fue *La economía en una lección*, de Henry Hazlitt, "una obra de arte" que "arranca con una patada voladora a la yugular cuando separa al mal economista del buen economista" y describe "el modelo de equilibrio general intertemporal". En la escuela austríaca, Milei encuentra "el alma de la economía" y la "libertad". Es un momento trascendente, el momento que sucede "cuando uno se quita las vendas y abre los ojos y la vida no vuelve a ser la misma".

Después de referido el trance de la iniciación, que es de fe textual como le ocurre en el seminario a quien lee la Biblia, Milei divaga en *El camino del libertario* con el aire despreocupado de una novela de vanguardia. Habla de sus libros anteriores, de una clase con asistencia remota multitudinaria por la que tramitó un reconocimiento de récord Guinness (que no fue otorgado), de su alegría de vivir, del capítulo de *Los Simpson* en el que Homero come pez globo, de "la superioridad ética y moral del capitalismo", de "los campeones de la igualdad", de "el Estado como agresor supremo" y "organización criminal", y del origen de la moneda; y reproduce sus discursos de campaña a diputado nacional de 2021, y una larga entrevista con Jorge Fontevecchia, en la que cuenta entre picos elevados de frenesí su deriva ideológica (Fontevecchia le dice: "Calmate", "tranquilizate", "pará", "no te sulfures"): "Fui de centroizquierda, con formación poskeynesiana estructuralista. Pasé por el keynesianismo y me hice neokeynesiano. Me transformé en un neoclásico recalcitrante y terminé abrazando la teoría de los ciclos reales. Me encontré con la crisis *subprime*, revaloricé a Keynes y a

Friedman. Fui sobre el crecimiento económico y me volví anarcocapitalista. Cada cambio sobreviene de haberla pifiado previamente".

Milei ya es candidato a diputado nacional por la Ciudad de Buenos Aires, y *El camino del libertario*, como quien dice "el camino de Santiago", postula un misticismo economicista para romper lanzas contra la política clásica. Por esa razón se reserva un espacio destinado al pronunciamiento, en el que lo más relevante (por lo que tiene de programático) es la postulación, a través de su figura, de un emergente social en estado de "alma": los argentinos de bien.

En su discurso del 14 de noviembre de 2021, en el Luna Park, la noche de las elecciones que lo consagraron como diputado nacional (y que *El camino del libertario* reproduce textualmente), Milei le habla a sus "almas libres" y a sus "leones heroicos", a quienes les agradece "por tanto rugido". Dice que la casta política "está toda cagada", y llama a tomar conciencia de que lo que se ha logrado (su llegada al Congreso de la Nación) "es una verdadera gesta histórica" que deja al liberalismo "en el centro de la escena".

Luego de llamar "tirano" al presidente Alberto Fernández, dice: "Estamos al borde de una catástrofe y hay que hacer un ajuste, pero ese ajuste no lo van a pagar los honestos, no lo va a pagar el sector privado. Lo va a tener que pagar la 'casta política'. Nosotros no nos vamos a sentar en esas mesas de políticos que negocian entre ellos y le terminan cagando la vida a la gente. Quiero que sepan que a partir de mañana vamos a empezar a recorrer la Argentina para que en 2023 haya una boleta liberal en cada rincón del país". Y pide que lo acompañen a cerrar el acto rezando los principios del "máximo prócer de la historia del liberalismo argentino, Alberto Benegas Lynch (h)".

Milei ya es un legislador nacional, que despotrica en el Congreso contra "la casta" como lo hace en los mitines y en la televisión y rifa su dieta todos los meses, mientras prepara su carrera presidencial apoyándose en su libro *El fin de la inflación*, publicado en mayo de 2023.

En un país con inflación galopante, él tiene, por la doble vía del supuesto conocimiento teórico y la voluntad, es decir, todo lo que ha

venido *teatralizando*, la solución final para erradicarla. Hay, según su parecer, una sola calamidad que atacar: la emisión de moneda, que es el vicio de la política, eterna enamorada del déficit fiscal.

Milei insiste, con su registro pedagógico que consiste en hacer historia, en el "hecho forzoso" por el que el Congreso de Roma de 1445 obliga a utilizar una moneda de la que el Estado se apropia, cometiendo "la gran estafa". Su interpretación de los hechos es que la moneda, un invento del sector privado, fue utilizada para "perjudicar a la gente".

Poco a poco, entrampado en la lengua de la descalificación masiva de la política y de los políticos, sin la gentileza de darle una excepción a la regla, Milei va cayendo al abismo de la paradoja. La causa es que él está entrando a la política con la voluntad de protagonizarla, y en ese viaje empieza a percibirse que su programa consiste en llegar para no estar, es decir, en obtener un poder público para *concederlo* (al mercado, que ya lo tiene).

El fin de la inflación no se detiene. Por sus páginas desfilan agitadas la crisis *subprime*, una conferencia "reservada" sobre teoría monetaria, una "charla en *off*" y un discurso en un coloquio en el Teatro Broadway en septiembre de 2022 (justamente sobre el fin de la inflación), al que se suman los de Alberto Benegas Lynch (h), Domingo Cavallo, Diana Mondino, Federico Sturzenegger y Héctor Rubini.

Girando en círculos viciosos en el pedestal de lector idólatra de Ludwig von Mises, a quien cita cuando dice "mientras ellos sigan repitiendo las mismas mentiras, nosotros vamos a seguir repitiendo nuestras mismas verdades" (una frase en la que valen menos las palabras "mentiras" y "verdades" que "repitiendo"), los capítulos se traspapelan y leemos más allá de la página 100 el ejemplo que "nadie" le ha rebatido acerca de un físico y un químico que encuentran la forma de convertir el plástico en oro, y que ya contó de un modo casi idéntico en la página 30. Dice que, si con el oro falsificado quisiera decorar su casa, no habría problema en hacerlo. "El inconveniente", dice, "es si quiero introducir ese oro en la economía". El intercambio de oro por plástico es, por supuesto, una estafa y, según Milei, es lo que los políticos hacen de un modo

menos evidente, mezclando monedas "falsas" con monedas de oro, para "esparcirlas por toda la economía". Y se pregunta: "¿Quién puede hacer esa falsificación a la perfección? El Banco Central". Ese es el argumento para decir del Estado que "no se puede avalar su existencia".

En *Capitalismo, socialismo y la trampa neoclásica,* para que no nos queden dudas de que ya es presidente de la nación, Milei firma una introducción a pie de página y desliza lugar y fecha a modo de pedestal: "Olivos, abril de 2024". Pero si los libros anteriores, una vez desprendido de la colaboración de Diego Giacomini, son pastiches o piezas de vanguardia preterintencionales, este tiene el vértigo de la acumulación supernumeraria, a tal punto que se hace difícil no encuadrarlo en el género Síndrome de Diógenes Verbal.

Contiene, por enumerar al voleo sus "contenidos", el discurso con el que Milei aceptó el *honoris causa* de la Eseade que le otorgó el clan Benegas Lynch, la apertura de sesiones ordinarias del Congreso de la Nación, su exposición en la organización de ideas de conservadurismo recalentado Conferencia de Acción Política Conservadora (CPAC, su sigla en inglés), el discurso antiwoke del Foro Económico Mundial de Davos, etc. Todos de 2024, el punto en el tiempo donde confluyen por varias rutas de altísima velocidad el panelista, el "escritor", el ideólogo que inventa la pólvora mojada del anarcocapitalismo, el lector bovarista, el presidente de la nación y la celebridad mundial que se florea recibiendo, allí donde se las den, cantidades de Copa Melba de economías sin Estado.

Eso sería lo "nuevo" de un libro cuyo capítulo 1 se asoma en la página 100, y en el que el autor Milei pega bloques enormes extraídos de sus libros anteriores por razones que pueden obedecer a la pereza de escribir (mas no de publicar), y hasta traduce decenas de páginas al inglés en un extraño caso de subtitulado. Otra vez leemos lo mismo sobre los crecimientos de los PBI después de la Revolución Industrial y el remanido "palo de hockey", el discurrir glosado del óptimo de Pareto, la "mano invisible del crecimiento", el *bullying* pedante a Hegel, el "vicio populista" de la democracia, el problema de los recursos finitos para necesidades infinitas (qué raro que las necesidades sean infinitas). Y otra vez Smith, Malthus y los

clásicos, y los algoritmos y las ecuaciones mediante los que parece *no querer* que lo entiendan.

Lo mismo que ocurre con *La construcción del milagro*, 575 páginas de autobombo en forma de ladrillo hueco, en el que el milagro del que se habla (donde el milagro es él, y lo que él hace) se divide en tres momentos de un mismo tedio de autoindulgencia: la "base conceptual de su gobierno" ("De la teoría a la realidad"); las "Bases económicas y filosóficas" (un rejunte de conferencias); y "El caso argentino: la construcción del milagro". En ese *rush*, hay ocho capítulos importados íntegramente de *Capitalismo, socialismo y la trampa neoclásica*, versión impresa del tic autorreferencial por el que a algunas personas les gusta citarse con la introducción "como digo yo".

La bibliopatía tiene que ver, por un lado, con la voluntad de conectar con el prestigio de quedar en las bibliotecas, aunque mas no sea por medio de la divulgación o la apropiación de ideas, incluso de estilos. Por el otro, y probablemente de un modo involuntario, con la inclinación maníaca al subrayado. La letra entra con la sangre de la repetición. Lo saben las religiones. Y si hay algo que en Milei abunda es la fuerza de la insistencia para catequizar con "las ideas de la libertad".

6. Sueños de un país platónico

Lo que quiero decir es: así como hay un salame o tres salames opinando desde una computadora… ¿Sabé' qué? Mientras esos miran a la señorita por internet, yo estoy en el medio de sus sábanas.

Los desplazamientos verbales de Milei, que por la vía de la insistencia se van condensando, se filtran con facilidad en una sociedad que espera esa "otra cosa" indeterminada que comienza a cristalizar en él.

Por cuestiones inherentes a esa incógnita típica del viaje entre la producción y la recepción de sentido, de la fronda verbal de Milei (bosques, selvas enteras de retórica apasionada que no aceptan otra cosa que la plenitud del ecosistema que postulan), que ha crecido en los libros y en sus apariciones espectaculares de las pantallas donde se discute lo público, ha quedado una lista de consignas enumeradas mediante el efecto milagroso de un registro pop en su variante de sentido común hecho memoria.

Lo que dice, en resumen, es que el Estado es una organización criminal, que la democracia es una trampa del populismo, que el crecimiento de los países solo es posible si se suprimen las

restricciones al mercado, que hay argentinos de bien sometidos a "la casta" (que es la de los políticos), que la historia pide restaurar "las ideas de la libertad", que quienes no defiendan esas ideas son nazis o fascistas o comunistas, que la Argentina fue la potencia número uno del mundo y la malogró el déficit fiscal que la hizo descender al puesto 114, y que la moneda argentina es un "excremento" en contraste con el dólar (aquí empieza a agitar el fantasma dorado de la dolarización).

Lo dice de un modo tan incansablemente dicho que su discurso se activa aun cuando no lo pronuncie. Son ideas transmitidas por la certeza y la ira que están en él, que son él, por lo que el fenómeno de transmisión deja de ser meramente verbal o teatral para convertirse en una representación por encarnación. La idea es más bien el hombre. Él es su potencia; y, sin embargo, pese a esa extraña materialización de su dispositivo mitológico que enarbola como una víspera de milagro (o quizá por eso), lo que postula Milei se vuelve cada vez más platónico, más irracional, más *reducido* y más propio del ensueño personal que del deseo histórico: tener, por fin, un país con dólares en el bolsillo, y sin políticos.

Todo el lenguaje y el teatro que ha estado derrochando, dado que, comparado con sus competidores de todos los rubros (panelistas, economistas, políticos), es un mayorista de textos, ha quedado paradójicamente reducido a esa moneda de dos caras acuñada con una precisión insólita. Que sobren los dólares y que falten los políticos *simultáneamente* es una idea irresistible para un país que sufre por los políticos que le sobran y los dólares que le faltan.

De repente, Milei, el personaje que asola la esfera de la discusión pública intentando con grandes dificultades bajar a tierra las teorías económicas de la escuela austríaca, descubre que el discurso político con fines electorales opera mejor por reducción, y empieza a machacar sobre lo seguro. Ese proceso de reducción, de cambio de "paso" entre las elecciones legislativas en las que se convierte en diputado nacional y su llegada a la Casa Rosada, alcanza su momento de expresividad crucero en el cierre de la campaña para las elecciones primarias de agosto de 2023, en el Movistar Arena, en

el que el acto comienza con la multitud cantando: "¡Que se vayan todos, que no quede ni uno solo!".

Los historiadores de los versos populares sabrán que esa consigna antipolítica fue el estribillo del colapso económico del 2001, y que desde entonces había estado en suspenso, incluso por momentos, olvidada. Pero los tiempos cambiaron, y su irrupción en el intersticio en el que la política podía filtrar "lo nuevo", dio lugar a la reposición de esa lírica terminal, con una excepción: que se fueran todos menos uno. Milei podía cantar ese estribillo –él, y nadie más–, y, de hecho, lo cantó en el Movistar Arena con su gente, del otro lado el río que dividía, en su imaginación, a los "argentinos de bien" de la "casta política". Cantó lo que casi ningún otro candidato hubiera podido cantar, y esa revelación fue la prueba de su posición en la oferta electoral, y del movimiento que esa posición parecía exigir. Milei era un marginal de la política –en términos de idealización de esa marginalidad: un ciudadano común– a punto de "asaltar" el poder, aprovechando el descuido de la democracia populista.

Ese discurso está relativamente ordenado, si se lo compara con las performances televisivas, incluso con los libros, que no tendrían por qué envidiarles desorden a las apariciones televisivas (al contrario: quizá anhelen de ellas su relativo orden, dado que a diferencia de los libros las pantallas tienen un conductor).

Luego de sus agradecimientos a "quienes se la siguen jugando contra la casta política", el público canta espontáneamente la palabra inoculada por él en los últimos años: "¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!". Es un significante político, sin dudas (quizá el primero de la historia moderna), cuyos significados obedecen a encuadres personales porque así es el uso de esta libertad, que alude a un bien privado, a una ilusión de poder personal y a múltiples fetiches interiores. Esa es *la* palabra de la noche, interpretada libremente por quienes la pronuncian a los gritos, apropiándose de los dones que el romanticismo personal quiera adjudicarle.

Milei dice que ellos son los que vienen "a dar la defensa contra los saqueadores de este sistema que lo único que hacen es beneficiar a los políticos ladrones". Dice que la situación que describe no es nueva: es "una decadencia de cien años". Está glosando la historia

argentina conforme el canon retorcido que los Benegas Lynch esparcen por las aulas de la Eseade, según el cual a principios del siglo XX la Argentina era "el país más rico del mundo", tenía una moneda sólida y atraía océanos de inmigración. Hasta que "la clase política decidió que la riqueza de los argentinos no podía estar en manos de los argentinos sino en las manos de ellos […] tomaron por asalto el Estado y cambiaron el modelo que nos había hecho ricos" hasta 1916, cuando irrumpe Hipólito Yrigoyen, "el primer populista".

El "cuentito", género del encantamiento de los disertantes sugerido por Juan Carlos de Pablo en el ya legendario ascensor tucumano, está ahora instilando en las masas una ilustración mítica, entre cuyos arbustos se asoma el cuco del socialismo, coronado por un aforismo que busca el enardecimiento de la sociedad hastiada de promesas incumplidas: "El Estado es cada vez más grande y los bolsillos de ustedes son cada vez más chicos".

No es una frase cualquiera. Es el aforismo que envuelve el conjunto de sus descripciones y las encierra en una cápsula de "verdad" y a la vez clama, cuanto menos, por una venganza administrativa que también podríamos llamar limpieza burocrática masiva, en la que se mezcla, en la misma olla de la purificación, a la "casta política", que encarna con sus alas negras el concepto de El Mal, y a los empleados públicos rasos, quienes en buena medida comienzan a identificarse con los purificadores libertarios.

El público recibe el estímulo del líder, y se activa. "Activación" es la palabra, porque en el Movistar Arena se enciende un *on* similar al que desató la demanda de "¡Destrucción! ¡Destrucción! ¡Destrucción!" en la película de Santiago Oría. Pero ahora, la palabra que se repite es "motosierra": "¡Motosierra! ¡Motosierra! ¡Motosierra!".

Ya se lo ha escuchado a Milei invocar la motosierra como herramienta idealizada para ejecutar recortes en el Estado. Se trata de una proposición que les da a las analogías trilladas del funcionalismo, que ve en la sociedad un cuerpo sobre el que hay que intervenir cuando se enferma (a veces con cirugía menor y, otras, con cirugía mayor; pero también con antitérmicos, antibióticos, respiradores, etc.), una solución final en la que la sociedad ya no es

un cuerpo humano que hay que sanar si se enferma sino un árbol o un bosque que hay que cortar porque creció demasiado.

La motosierra, en la operación mental de Milei, quizá ataque lo vegetal insensible, evitando afectar la sensibilidad animal de los humanos. ¿Sí? ¿O no? ¿En qué piensa Milei cuando la multitud pide el encendido de la motosierra? ¿Qué imagina que va a cortar, o a quiénes? ¿Y con qué operador de motosierra se identificará? ¿Con un motoserrista del montón, que marca el árbol con una muesca de orientación y luego lo tala y, al voltearlo, planta dos para que no se dude de su corazón conservacionista? ¿O con Leatherface, el asesino masivo de *The Texas Chainsaw Massacre*, de Kim Henkel, la película que asustó a Stephen King, conocida en la Argentina como *El loco de la motosierra*? Y quienes le piden que opere la motosierra, ¿qué árboles –en los que no estén sus nidos– creen que talará?

Milei se solaza con la pausa cantada de sus adeptos y condesciende a la aclaración: "Hablo de cortarle los privilegios a los políticos ladrones". El montaje ya rompió la inercia y empiezan a sucederse los grandes éxitos que ha estado desplegando durante varios años en las pantallas. Ataca al "modelo de la casta", integrado por los políticos ladrones y sus satélites: los empresarios prebendarios, los sindicalistas que entregan a los trabajadores y los periodistas ensobrados. Y grita: "¡¿Cómo quieren que el peso tenga valor si es la moneda del político argentino?! ¡Por ende, no puede valer ni como excremento! ¡Esas basuras no sirven ni para abono!". El público, nuevamente tocado en la zona de la decepción (que es actual y también histórica), vuelve a corear "¡que se vayan todos, que no quede ni uno solo!", pero todos saben que ese "todos" es "todos menos uno".

Las consignas, si cupiera la figura, se manifiestan en escalada. Milei dice que en la sociedad argentina empobrecida la única que progresó es la "maldita casta política", que la inflación es galopante, que hay narcotráfico y un "baño de sangre" en el que los delincuentes son tratados como víctimas y las víctimas como delincuentes y que estamos "en un mundo alocado" y, por eso, propone una "doctrina de seguridad" por la que "el que las hace las paga".

El desorden de su fraseo entrópico no le quita lo que a pesar de las hilachas que cuelgan del discurso (un poco descriptivista, otro poco programático) tiene de voluntad restauradora. Con una particularidad que quizá no salta al primer golpe de vista, y que, por decirlo así, enloquece el tiempo histórico. Todo lo que Milei dice va a parar a un vórtice ideológico en el que confluyen, de algún modo para evaporarse antes de convertirse en sistema, los fluidos de sus máximas que rotan a toda velocidad: la bibliografía idolatrada de la escuela austríaca de economía, el preámbulo de la Constitución libertaria inscripta en su cabeza bajo la influencia del clan Benegas Lynch, el desdén por la insuficiencia de la representación democrática, los pedidos de mano dura bajo el juramento de hacer pagar las infracciones, la voluntad de supresión de "la casta" y los preparativos para atacar con la motosierra los árboles improductivos que crecen en el bosque-plaga del Estado.

El foco, como el haz de reflector que le apunta a la liebre en la noche para encandilarla y cazarla, está puesto en la "maldita casta política", a la que hay que desplazar. Es en lo que Milei más insiste, recordándole al público que los candidatos que están compitiendo con él por la presidencia de la nación "estaban en la catástrofe de 2001". Pero curiosamente –es una curiosidad vinculada a los modos de Milei de recortar efectos desvinculándolos de sus causas, del mismo modo que también suele desvincular las causas de los efectos, gesto típico de los argumentos por montaje– reivindica de un modo pleno la convertibilidad de los gobiernos de Carlos Menem que, como es sabido, contribuyeron a la "catástrofe del 2001".

Milei deja afuera de la "maldita casta política" a Menem y el menemismo, y es difícil no considerar que lo hace por razones sentimentales. Le atribuye haber vuelto a poner a la Argentina en la senda del progreso: "El país crecía, las inversiones florecían, llegó el teléfono a todos, volvió la luz y el gas y desapareció la inflación y, por primera vez en décadas, teníamos una moneda sana. Había créditos hipotecarios, casas, autos… Parece mentira hablar de estas cosas. Pero cuando la clase política se dio cuenta de que el modelo no le servía para sus negocios, decidieron volver al modelo del fracaso".

Es una percepción muy retorcida de la historia apartar a Menem y al menemismo de la "clase política", pero es la manera que encuentra para darle –por negación– la pureza que necesita impregnarles a sus ideas, para que las ideas pesen más que los hechos (para que pese menos Demócrito que Platón).

Sobre esa evocación manierista postula la obligación moral de no desaprovechar una oportunidad para regresar a la prosperidad, que "puede que sea la última". De lo contrario, la Argentina se convertirá en la villa miseria "más grande del mundo". Y, sin embargo, no pide el voto para que le den el poder a él, como si no supiera que ese poder es lo único que podría contribuir a concretar sus ideas (como dijo Augusto Roa Bastos en *Yo el Supremo*: "Supe que poder hacer es hacer poder"), sino para "devolverles la libertad, para que puedan volver a ser los arquitectos de su propio destino".

Planteadas las cosas como la liberación de un gueto, luego de la cual, con las fuerzas individuales en fuga, no haría falta gobernar, las tribunas cantan: "Tiene miedo, la casta tiene miedo". Y Milei insiste en ofrecerse menos como gobernante que como garante de la libertad entre pares, que inundará la Argentina de oportunidades: "Esta elección no se trata de mí. Se trata de ustedes, del país que quieren para sus hijos y sus nietos. Y los que están en el medio, son los políticos chorros". Los políticos chorros son el obstáculo en el camino al éxito individual, y Milei viene *únicamente* a despejar ese camino.

Milei ganó las elecciones primarias del 13 de agosto de 2023 con el 30,04% de los votos (había sacado el 5,5% a nivel nacional en las legislativas de 2021), superando a Juntos por el Cambio (28,27%) y a Unión por la Patria (27,27%), ambos partidos preexistentes en el momento de su irrupción. Su crecimiento, exponencial, se frenó en la primera vuelta presidencial, en la que quedó segundo con el 29,9% de los votos, detrás de Sergio Massa (Unión por la Patria: 36,6%); pero alcanzó un índice récord en la segunda vuelta al vencer a Massa con el 55,69% contra el 44,30%.

En el *sprint* final entre la primera y la segunda vuelta, que incluyó el debate mano a mano entre los candidatos, Milei absorbió gran parte de los votos de Juntos por el Cambio, aun cuando varias de

sus apariciones fueron desordenadas. Especialmente la del 27 de octubre, en el canal América, donde habló de un posteo de un meme que recibió 250 000 "me gusta" y 16 millones de impresiones en X y 1,5 millones de "me gusta" en su cuenta de Instagram y, para rematar esas estadísticas, dijo: "¡Ey! Lo que quiero decir es: así como hay un salame o tres salames opinando desde una computadora… ¿Sabé' qué? Mientras esos miran a la señorita por internet, yo estoy en el medio de sus sábanas".

La entonación de esa analogía (de la que no se puede decir nada, excepto que aparentaba sostenerse en algún romanticismo) y los gestos que acompañaron las palabras de Milei, que pusieron el grito en el cielo de la censura progresista, fueron, sin dudas, elementos de ratificación de su figura electoral irrompible y la prueba de que el 55,69% de los votantes que lo eligieron presidente de la nación en la segunda vuelta del 19 de noviembre no lo hicieron invocando la racionalidad de su candidato.

Quizá fue la corriente que avanzó contra el tedio y el fracaso de la razón (más invocada que ejercida en los gobiernos anteriores) la que empujó a Milei a su consagración, como si lo razonable en esa actualidad en la que se manifestó la historia hubiera sido votar una oferta amplia de irracionalidad resumida en dos o tres sueños imposibles. Dadas las circunstancias de vísperas de la realidad política de cualquier elección, ¿qué podía perderse con Milei que no se hubiera perdido antes?

El 10 de diciembre de 2023, Milei asumió la presidencia de la nación leyendo un discurso de poco más de media hora y de frente a sus simpatizantes. A sus espaldas, en un cambio radical del *rider* técnico que le dio al montaje escenográfico de las asunciones de Estado un momento de ruptura, se acomodaron las autoridades. El espacio, separado en hemisferios, dejaba en el ambiente aires de sorpresa y tensiones: un "de acá para allá" y un "de acá para acá". Y en esa disposición escenográfica fronteriza, el presidente estrenaba sayo dejando atrás la frondosa comunidad del protocolo (o mirándola, como quien dice, con los ojos en la nuca), reservándose el uso de las atenciones para los "argentinos de bien".

De hecho, sus primeras palabras, antes que la alusión genérica a los funcionarios de ley, fueron: "Hola a todoooosss..", el saludo orgánico de los mitines públicos, en los que citaba el primer verso de "Panic Show", de La Renga, además de hacer una imitación bastante feliz de la voz del cantante Chizzo Nápoli.

Han pasado pocos días de la segunda vuelta electoral y le cuesta bajarse de la campaña. Pero las cosas han cambiado. Tiene un traje de ceremonia, su presencia fue anunciada por el locutor oficial, está hablando en cadena nacional sobre las escalinatas del Congreso (hasta donde lo llevó un auto del Estado, que corre con gastos del Estado), apoya sus papeles con membrete en un púlpito con una imagen del escudo de la República Argentina, y tiene puesta la banda presidencial. Está totalmente *institucionalizado,* tanto por las circunstancias que lo rodean como por el deseo de "querer ser" –de querer ser ¿qué?: ¿presidente de su país, o una mera celebridad?– que lo llevó hasta ahí.

El discurso anunció el comienzo de una nueva Argentina y dio por terminada "una larga y triste historia de decadencia y declive". La lectura de los hechos, que fueron meramente de actualidad electoral (es decir, una inversión social de riesgo del 56% del país sujeta a los vendavales del ánimo), pero que para Milei son históricos en el sentido de inéditos y trascendentes (y con él y sus ideas sampleadas entrando por fin a la historia). A tal punto que los considera "una voluntad de cambio que ya no tiene retorno, no hay vuelta atrás".

En la era que comienza habrá parejitas de "paz y prosperidad", "crecimiento y desarrollo", "libertad y progreso". Y en esos "maridajes" de modernidad postergada se podrán restaurar los ideales de la Generación del 37, que abrazó "las ideas de la libertad", antes de la Constitución nacional. Ese pasado de casi dos siglos de antigüedad es el punto del tiempo en el que Milei imagina situar el porvenir argentino. El rescate es de lo que se quedó en el tiempo, suspendido. Son las ideas de la libertad, que hay que sacar del *freezer* del siglo XIX, y ¿cómo no se va a poder realizar esa extrapolación cronológica si esas ideas lo han estado esperando a Milei para resucitar y, además, son *solo* ideas puras en un mundo corrompido? ¿Cuál sería "la otra" solución nacional?

Las ideas de la libertad "y el modelo que nos hizo ricos" hicieron lo que pudieron, hasta que en el siglo XX "nuestra dirigencia" decidió abandonarlo a cambio de "las ideas empobrecedoras del colectivismo", a las que "los políticos" han insistido en defender "durante más de cien años". La estructura de "el cuentito", el despliegue dramático de su versión vulgarizada y la unidad de tiempo "cien años", con todo lo que tiene de mítico el redondeo cronológico, reenvían la materia verbal del debut presidencial de Milei a *La Bella Durmiente*.

Es en un registro de relato de hadas que su "literatura" entiende la política. Las "ideas de la libertad", bellas durmientes en las que el colectivismo instiló el veneno de "las ideas empobrecedoras", finalmente despiertan cien años más tarde con el beso de resurrección del príncipe libertario. Es un contacto restaurador que vuelve a hacer girar la rueda del tiempo suspendido con la misión de consumar la fantasía de la Argentina Pendiente. Es, sin dudas, un beso arrogante que se imagina ejerciendo el poder del encantamiento (o el del fin del encantamiento), para instalar entre la Generación del 37 (o la Constitución de 1853) y 2025 una elipsis histórica y, a partir de allí, montar, coser, soldar los bordes del país liberal violentado por el colectivismo.

Milei le da a su llegada al gobierno una importancia que no hace falta que se la adjudique alguien. Él también está para atribuirse valor por vía de la hipérbole: "Así como la caída del Muro de Berlín marcó el final de una época trágica para el mundo, estas elecciones han marcado el punto de quiebre de nuestra historia". Que la analogía elegida por Milei para ilustrar su triunfo electoral no pase un mínimo control de calidad retórica, no impide revelar –todo lo contrario– la idea que el flamante jefe de Estado tiene de sí mismo y de la Argentina.

Luego, en un giro un poco más terrenal, habla de la "herencia", el déficit fiscal, el cepo cambiario, las tasas de interés y el nivel de actividad. Está haciendo base para introducir un elemento de discusión que quedará en la memoria: que él va a detener, del modo en que Súperman detiene aviones en caída libre, una inflación que "viaja" al "15.000% anual". El número es espectacular por el

volumen pero irreal por el modo en que Milei lo hace viajar a una velocidad supersónica constante, tomando por referencia un corte arbitrario, como es su costumbre. Aquí el argumento y su sistema especulativo son tan irrisorios como si se hiciera un corte de una hora en la que una persona se come cuatro empanadas, y dado que esa es la referencia, se la multiplicara por las 24 horas del día y por todos los días del año, con lo cual el consumo de empanadas proyectado de esa persona "viajaría" a una velocidad de 35.040 empanadas por año. Lo mismo sucedería con quien en 20 minutos compra dos pares de zapatillas en oferta, lo que equivaldría a 52.560 pares por año; o con quien sube 30 escalones en un minuto, es decir, 15.768.000 escalones anuales, etc.

Ese número de aura cabalística, ese número cuco que Milei anuncia que va a cortar por lo sano porque para eso ha llegado, es la plataforma fantástica para seguir despuntando el vicio del montaje. *Porque* ese número existe –aunque mas no sea en su imaginación– es que se hace imprescindible un ajuste de shock, que "impactará de modo negativo sobre el nivel de actividad, el empleo, los salarios reales, la cantidad de pobres e indigentes". Con la salvedad de que este será "el último mal trago para comenzar la reconstrucción de la Argentina".

La primera cita como presidente de la nación es de Julio Argentino Roca: "Nada grande, nada estable y duradero se conquista en el mundo cuando se trata de la libertad de los hombres y de engrandecimiento de los pueblos, si no es a costa de supremos esfuerzos y dolorosos sacrificios". La segunda es de Jesús Huerta de Soto: "Los planes contra la pobreza generan más pobreza". ¿La solución? "Más libertad", para que los 6 millones de chicos que viven en la pobreza, que "se irán a dormir con hambre" o "caminan descalzos por la calle", o "cayeron en la droga", puedan encontrar una salida. Es un pasaje en el que no parece que hablara en serio, porque ¿con qué uso de la libertad podrían revertirse esas fatalidades y, sobre todo, *cuándo*?

Y si es con libertad, ha de ser simultáneamente sin Estado, la organización criminal responsable de un sistema de salud "completamente colapsado", que impide que los ciudadanos tengan

"acceso a la salud básica", atendido por médicos que "cobran una miseria". Y ese sistema "tan es así", dice Milei, que "si los argentinos hubiéramos hecho las cosas como la media de los países, no hubiéramos tenido 30.000 muertos". En cambio, gracias a "'el Estado te cuida' y su ineficiencia, 130.000 argentinos perdieron la vida. Ese es el Estado presente del que los políticos tanto hablan, argumento que utilizan para justificar el aumento descomunal del gasto público que solo los beneficia a ellos".

Quizá haya pasado desapercibida en el discurso del Congreso la frasecita "tan es así", que intenta engarzar, de una manera que –cuanto menos– habría que llamar artística, a los médicos que cobran una miseria en un sistema de salud colapsado sin acceso de su población a lo básico, con la "ineficiencia" del Estado argentino en el tratamiento de la pandemia por covid-19 (se olvida de decirlo, pero es a eso a lo que se refiere) que, a diferencia de otros Estados, y según sus cálculos ucrónicos –la lírica "científica" que prefiere para argumentar–, fue un 433% peor que lo que debió haber sido.

Pero las maderas descoladas del argumento crujen por dentro, porque el "tan es así", cliché de continuidad destinado a acelerar el fraseo reemplazando el "por lo tanto" de la conclusión lógica luego del arduo paseo por las premisas, está puesto ahí para implantar el ejemplo fantástico e hiperbólico que *no* le corresponde. Es menos fantástico asociar la descripción de un sistema colapsado por la falta de recursos (lo dice Milei) con la ineficiencia en el tratamiento de la pandemia, sobre todo porque en el curso de la argumentación se invoca por contraste la eficiencia de "la media de los países". Es decir que sería razonable deducir que lo que pide en ese párrafo misterioso en el que esconde el objeto al que se refiere (la pandemia) es salvar al sistema colapsado, volverlo accesible a lo básico y aumentarles el sueldo a los médicos. ¿No son esos los argumentos válidos para pedir más inversión en el sistema de salud y así poder ofrecerla con la eficacia de "la media de los países"? Lo que ocurre es que un párrafo antes ha estado pidiendo libertad, y se sabe por la tendencia de sus ideas y sus vaticinios que eso significa, en la base ideológica sobre la que baila el malambo antiestatal, un llamado a la desinversión pública.

Y sin embargo, ya recibiendo los primeros efectos de su primer discurso presidencial sin saber si el espectro del registro que utiliza es el de la inocencia ideológica o el de la falsa inocencia, lo que hace Milei en el párrafo que sigue a esas referencias confusas a la salud pública es aludir ahora al estado de abandono de "la infraestructura de nuestro país", recordando que solo el 16% de las rutas están asfaltadas y solo el 11% se encuentra en buen estado, por lo que "no es casualidad que mueran 15.000 argentinos por año en accidentes de tránsito".

La hibridación de argumentos enloquece la deducción, porque que mencione la insuficiencia de asfalto y el deterioro de las rutas, ¿significa un llamado a la inversión pública masiva para detener la masacre de los accidentes que, una vez aludidos, ponen el factor humano –como debe ser– por encima de la mera mejora de las rutas? ¿O está postulando subrepticiamente los contratos de participación público privada, modalidad más afín a su idolatría por el mercado? Lo cierto es que no lo dice, y no sabemos por qué, aunque tal vez sea para no revelar en su primer discurso presidencial el carácter de "accidente" que lo llevó a ese lugar agitando ideas en el aire.

Esos párrafos errabundos de estadista debutante, en los que Milei intenta esclarecer campos de acción, sin definirlos con la violencia léxica que hasta unas semanas antes utilizaba en las pantallas de televisión, contribuyen a desdibujar las especificidades, pero no dejan de insistir en las obsesiones generales vinculadas al equilibrio fiscal: "No buscamos ni deseamos las duras decisiones que habrá que tomar en las próximas semanas, pero, lamentablemente, no nos han dejado opción. Sin embargo, nuestro compromiso con los argentinos es inalterable. Vamos a tomar todas las decisiones necesarias para arreglar el problema que causaron cien años de despilfarro de la clase política, aun cuando al principio sea duro. Sabemos que en el corto plazo la situación empeorará […] no va a ser fácil, ya que cien años de fracaso no se deshacen en un día, pero un día empieza. Y hoy es ese día".

Durante la campaña ha estado hablando de la necesidad de ajustar cuentas con "la casta política" (aunque aclare que no va a perseguir

a nadie; al contrario, los abrazará a todos, si no le cuestionan el rumbo) en beneficio de "los argentinos de bien", y durante la lectura de su discurso les ha estado dando la espalda a quienes en su afiebrado entender la representan: diputados, senadores, gobernadores, ministros, jueces, etc. Al buen entendedor no le haría falta nada más para comprender cómo ha de ser la distribución social de las cargas a partir de ese momento: problemas para "la casta", alivio para los argentinos de bien.

Quizá a esa revolución redistributiva se haya referido sobre el final del discurso cuando, luego de realizar la tercera cita –el mantra de Benegas Lynch (h): "El liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo"–, la resume como "la esencia del nuevo contrato social que eligieron los argentinos", y eleva ese contrato a niveles místicos al decir que "no es casualidad" que la inauguración de su presidencia se haya dado durante las fiestas de Jánuca, "la fiesta de la luz" que celebra "la verdadera esencia de la libertad".

En esa percepción del instante histórico que está viviendo, es un elegido de los cielos para restaurar con ilusiones de instauración ese supuesto nuevo contrato social, inspirado en la cantata de Benegas Lynch (h). ¿Eso votó casi el 56% del electorado? ¿Votó verdaderamente esa *encarnación*? ¿No habrá en esa interpretación eufórica un error de lectura, basado en el espejismo de las estadísticas que nadie sabe nunca qué enigmas guardan en su interior? ¿No se le ocurre pensar, aunque mas no sea por prevención, en los caminos *indirectos* que lo llevaron a la consagración?

Luego enchufa la última cita, del Libro de Macabeos 3:19, que dice que la victoria en la batalla no depende de la cantidad de soldados, sino "de las Fuerzas que vienen del Cielo", a las que invoca para que bendigan a los argentinos, y se despide con un "¡Viva la libertad, carajo!", antífrasis evidente del "¡Viva Perón, carajo!".

Pero en el ambiente ha quedado una electricidad que no se alcanza a descargar, una omisión llamativa. Ha hablado del sacrificio, pero no de los sacrificados. Estos, quizá para no aguarles la fiesta, no han sido identificados. Solo dijo que las medidas serán no deseadas y

duras. “Lamentablemente”, no hay opción, aunque “al principio sea duro”. No hay de qué preocuparse. Si no hay opción es debido a que, como ha estado diciendo hasta la saturación de sus propias masas, los “argentinos de bien” le dieron mandato para destruir “la casta”, que por algo tiene miedo, por algo está con la cola entre las patas, por algo él le está dando la espalda.

7. Hacer la historia

La conclusión lógica es que la única alternativa posible es hacer algo diametralmente distinto a lo que se ha hecho en el pasado.

El 1º de marzo de 2024, ochenta y dos días después del primer discurso oficial, con el gobierno ya en marcha, Milei abre la 142º Asamblea Legislativa, en un formato regular, ante las autoridades a las que antes les había dado la espalda, y durante más de una hora glosa el estado de la situación, que describe como el resultado de cien años de un "modelo empobrecedor", de los cuales los últimos veinte años han sido "una orgía de gasto público", y cuyo resultado es "la peor herencia que ningún gobierno en la historia argentina haya recibido jamás".

Luego repasa los números interiores del déficit fiscal, la emisión desmedida y la brecha entre dólares, y ajusta el ritmo de la inflación que el día de su asunción imaginó que "volaba" a 15.000% anual y, ahora, dice que lo hacía a 17.000% anual, aunque algunos hablen de "fantasía", en especial "algunos políticos que suman con dificultad, salvo que se trate de *la propia*".

Dice que la crisis se manifiesta en "todas las dimensiones de la vida de la sociedad", que hay un índice de pobreza cercano al 60%, que el salario real es de 300 dólares cuando en los años noventa del

siglo pasado era de 1800 dólares, y que (de esta insistencia mitológica es difícil salvarse) de ser "el país más rico del mundo cuando abrazamos las ideas de la libertad", ahora seis de cada diez argentinos son pobres, "mientras la mayoría de los políticos, como muchos de ustedes, son ricos".

Recién van dos o tres párrafos de lectura y ya atacó dos veces a "la casta", masa crítica y cautiva de su auditorio. Es el objetivo "militar" del discurso, y no tiene salvedades. Y en el abismo que se abre entre "la casta" y la sociedad, toma la posición de traductor de las calamidades de la política y oráculo de un porvenir remoto de prosperidad. Entretanto, al nivel de la actualidad y de las decisiones que va a tomar o ya está tomando, critica el "sistema previsional quebrado" que "en los últimos diez años incorporó casi 4 millones de beneficiarios sin aportes a través de moratorias que son una afrenta moral para todos aquellos que durante toda su vida cumplieron con su responsabilidad".

Para Milei, los jubilados son "víctimas de esta herencia, continúan atados a una fórmula que quisimos cambiar, porque pulveriza sus ingresos en un régimen de alta inflación, a causa del gobierno pasado". Una manera encriptada de decir que "quisimos cambiar" significa "ya lo cambiamos" porque lo que está en marcha es el ajuste del 19,2% en el sistema previsional de 2024. Es evidente, aunque lo diga a medias, que los 4 millones de "beneficiarios sin aportes" –llamados de ese modo porque a Milei le gusta describir y juzgar *categorías*, y hacer una regla general de las particularidades (aunque sean 4 millones de particularidades)– deberán pagar su "afrenta moral".

La imposibilidad reiterada de no poder deslindar sin pasión ideológica los componentes de los objetos del pensamiento o de la política sometidos a su juicio le dificulta el acceso a experiencias de lecturas más o menos precisas. Sea por esa dificultad, o porque, simplemente, *no le gusta* profundizar en lo que podría comprometer los efectos esperados de sus argumentos, el Milei presidente no va a decir, de ninguna manera, que esos 4 millones de jubilados no son beneficiarios sin aportes sino jubilados que no cumplieron con los treinta años de aportes al sistema. ¿Cuántos matices podrían

encontrarse en 4 millones de casos? Para Milei, feligrés de la plenitud, ninguno.

Luego describió las calles tomadas "por el caos y el desorden", generados "por las organizaciones de izquierda en su afán de extorsionar a los distintos gobiernos" y alimentados por la política. ¿Y las fuerzas de seguridad? "Maltratadas y pisoteadas por los gobiernos anteriores". ¿Y la educación? Con "chicos de tercer grado que no entienden qué leen [ni] pueden resolver un problema de matemática básica"; y con nuevas "universidades que se han convertido en un negocio más de la política", igual que los institutos de formación docente, donde "proliferan currículas educativas de izquierda, abiertamente anticapitalistas y antiliberales, en un país donde lo que se necesita es más capitalismo y más libertad". ¿Y la salud? "En crisis de desabastecimiento […] lo que dejó a médicos, pacientes y familias sin stock de insumos médicos de todo tipo y, en particular, de medicamentos especiales como los oncológicos". ¿Y las fuerzas armadas? Desfinanciadas.

Comienza a desenrollarse –al costado del discurso presidencial– el hilo de la paradoja, porque las fuerzas armadas, los hospitales, los remedios oncológicos, los jubilados y la educación, lo que Milei le reprocha al Estado por no atender como se debe, es la geografía pública sobre la que va a desplegar su ajuste. Por un lado, ilumina las deudas sociales del Estado y, por el otro, vuelve a llamarlo "organización criminal, diseñada para que, en cada permiso, en cada regulación, en cada trámite y en cada operación haya una coima para el político de turno". Es un esquema "putrefacto" que se extiende por los tres poderes, "y en todos sus niveles", es decir que sigue sin hallar las excepciones (o, al menos, *la* excepción).

Es contra esa "miseria" que una "mayoría silenciosa levantó la voz". Es la mayoría que trabaja y produce, la de "los peones rurales que se levantan a las 4 de la mañana", la del cuentapropista, el trabajador informal, el joven sin trabajo y las amas de casa: la de "aquellos argentinos desprotegidos, a los que no los invitaron a sentarse en la mesa del poder". Y ahora esa mayoría tiene un presidente que "sabe lo que tiene que hacer y cómo hacerlo".

¿En quién se está inspirando para liquidar a "la casta"? En Carlos Menem, que hizo del Estado su reino, y de quien Milei recuerda su primer discurso de asunción, cuando dijo que "el coraje de un pueblo no se comprueba únicamente en el campo de batalla o al enfrentar desgracias, sino que también se comprueba por la cantidad de verdades que es capaz de soportar". Y dice que, por primera vez en mucho tiempo, "la sociedad eligió al candidato que prefería decir una verdad incómoda, que una mentira confortable", y que en el porvenir inmediato habrá "sacrificio y dolor" y se tardará en "salir del pozo".

Ese fragmento determina el corazón del pacto con su electorado. Son generalidades "concretas", si se permite el oxímoron en honor a la ambigüedad del anuncio, que dice, al mismo tiempo, que ese sacrificio lo va a hacer "la casta", debidamente señalada, pero también los argentinos de bien, a los que se les anuncia el sacrificio al que van a ser sometidos con la delicadeza de no aludirlos como damnificados.

Y sin embargo, a la hora de enumerar los efectos de su ajuste en curso, y comprometido con que el esfuerzo va a "valer la pena", se filtran líneas conceptuales: "Si bien ha habido licuación también ha habido motosierra para la política", es decir, "la casta", a la que, sin embargo, termina llamando de manera correcta "sector público nacional", dado que es sobre el sector público nacional –y no sobre la escurridiza "casta", que es una especie mutante– donde está cayendo el ajuste. ¿El resultado?: "Superávit tanto primario como financiero en nuestro primer mes de gobierno, lo cual constituye un récord global en la historia del capitalismo moderno".

El ajuste de shock es compensado por medidas de asistencia que también son de shock, como la duplicación de los montos de la Asignación Universal por Hijo (AUH), la asignación por embarazo y la tarjeta Alimentar, y la cuadruplicación de la ayuda escolar. Allí sí sigue vivo el Estado "criminal" (incluso podría decirse que ese Estado es el que le hace el trabajo sucio a la limpieza étnica de mercado), objeto de "una cruzada" cuya misión es reducirlo a su "mínimo indispensable", purgando los privilegios de "los políticos y sus amigos".

El discurso continúa a alta velocidad, en un registro de inventario glosado del ajuste, al que se le van agregando algunos chips de moralina ideológica, una trampa autoinfligida a la que tarde o temprano caen los protagonistas del poder, dado que en política la pureza moral es, por definición, *lo que no se puede sostener*. Y, dada una vuelta más a la rueda del catecismo libertario, Milei aterriza en la pista en la que su nave fluorescente se distingue nítidamente del resto que ha quedado atrás: "Nosotros no vinimos a jugar el juego mediocre de la política, no vinimos a prestarnos al toma y daca de siempre, a emular a esos políticos que supeditan sus proyectos al intercambio de favores, cargos y negocios. No vinimos a hacer más de lo mismo. Vinimos a cambiar el país en serio". No hay opciones: "La conclusión lógica es que la única alternativa posible es hacer algo diametralmente distinto a lo que se ha hecho en el pasado".

Si quienes se oponen van a la confrontación, pues se confrontará, pero los opositores deberán tener en cuenta que "se encontrarán con un animal muy distinto al que están acostumbrados. Porque a diferencia de algunos de los que están acá o de quienes nos miran desde su provincia, la política para nosotros no es un fin en sí mismo. No vivimos por la política, no vivimos de la política, no tenemos ambición de poder. Lejos de todo eso, lo único que tenemos es sed de cambio. Nosotros no tomamos decisiones pensando en nuestra carrera política. Nosotros vinimos a enarbolar las banderas de la libertad, con plena conciencia de que íbamos a tener que pagar los costos de la fiesta obscena que muchos de ustedes realizaron".

Luego cita a Sócrates sin mencionarlo ("como dice el refrán") para invocar la construcción de lo nuevo, y dice que su deseo es que el sentimiento de "desconfianza hacia muchos de ustedes" –los legisladores a los que les está hablando a la cara– sea una equivocación. Y los invita, tanto a ellos como a los gobernadores a los que responden, a firmar el Pacto de Mayo en la provincia de Córdoba, para "abrazar de una vez y para siempre las ideas de la libertad", estableciendo diez políticas: inviolabilidad de la propiedad privada; equilibrio fiscal innegociable; reducción del gasto público a

niveles históricos en torno al 25% del PBI; reforma tributaria que reduzca la presión impositiva; rediscusión de la coparticipación federal de impuestos; compromiso de las provincias de avanzar en la explotación de los recursos naturales; reforma laboral "moderna" que fomente el trabajo formal; reforma previsional que "respete a quienes aportaron"; reforma política "estructural" que modifique el sistema actual y "vuelva a alinear los intereses de los representantes y los representados", y apertura del comercio internacional. Todo sea para que "una vez más la Argentina sea un faro de luz para Occidente".

La invitación no incluye la colegiación, alma de los acuerdos estratégicos de la política. Es una condición de hierro, a la que no le hacen falta condiciones auxiliares, que Milei formula de manera frontal: "Quiero ser claro acerca de la naturaleza de esta convocatoria: nuestras convicciones son inalterables". De modo que a lo que está invitando es a una suscripción. Se trata de sumarse a sus ideas inamovibles, de las que el decálogo resumido en el discurso anuncia algo al nivel de sus breves memorias descriptivas, y en las que los adjetivos filtran lo que sus ideas, desde que han comenzado a circular, tienen de fijas.

La despedida es en punto muerto, pero todavía con la velocidad residual de su aceleración crucero. Pide "paciencia y confianza" porque el sol vuelve a salir "por más oscura que sea la noche", y cita al rey Salomón, cuando recuerda que le pidió a Dios "sabiduría para distinguir el bien del mal, coraje para elegirlo y templanza para mantenerse en ese camino", y deja inaugurada la actividad legislativa del año repitiendo: "¡Viva la libertad, carajo!".

Es un discurso político que –como cualquier otro– se relaciona acercando, alejando o negando correspondencias con los actos de gobierno, que ya cortaron el resorte que los contenía en su perfección platónica y comienzan a proliferar en los primeros meses de mandato: devaluación del 52,2% con salto de inflación al 25,5% en diciembre de 2023 (que en octubre de 2024 ya es del 2,7%, lo que le da a Milei la confianza para sentirse autor de un "milagro económico"), eliminación de diez ministerios (entre ellos Educación, Trabajo y Ciencia y Tecnología), superávit fiscal primario,

paralización de los contratos de la obra pública, baja de 30.000 empleados estatales, envío al Congreso de 600 reformas, obtención de facultades delegadas, incentivo a grandes inversiones, control de cambio, blanqueo de capitales, reducción de subsidios a las tarifas de servicios, fortalecimiento del peso encareciendo en dólares el poder adquisitivo, eliminación de topes de precios en alimentos y medicamentos, y liberación de los contratos de alquileres, seguros, servicios de telefonía e internet, medicina y educación privada y una disminución de la pobreza debido al refuerzo de la asistencia social en los sectores bajos, en línea con un empobrecimiento de los sectores medios, desapercibido en las estadísticas.

Pero en una línea paralela al Milei que preside y desprecia las instituciones del Estado, ya ha empezado a operar simultáneamente el Milei internacional, que despliega por los escenarios del mundo, rendidos a la novedad que encarna, incluso –o sobre todo– a sus formalismos espectaculares de *freak*, su discurso de conquistador anacrónico que la época recibe como vanguardia.

La voluntad de desdoblar su figura exportándola, comienza antes de asumir la presidencia el 27 de noviembre de 2023, una semana después de ganar el balotaje, en un viaje privado a Nueva York, y tiene aspectos confesionales. Porque si bien se reúne con Bill Clinton y con autoridades del FMI, el objetivo del viaje es la visita al cementerio de Montefiore, en Brooklyn, para honrar la tumba en memoria del rabino Menachem Mendel Schneerson, emblema del movimiento Jabad-Lubavitch y una autoridad religiosa de características mesiánicas, muy respetada entre ortodoxos (que lo consideraban el enviado), que se opuso con tenacidad al evolucionismo y al heliocentrismo, y al que un uso muy libre de la razón lo llevó a fechar en 6000 años la edad del Universo. Mientras que en los asuntos de la Tierra fue antifeminista, consideró la homosexualidad una patología, se formó en estrategia militar y asesoró a Benjamín Netanyahu.

De la conexión con ese mundo en el que se dirimen "los elegidos", Milei extrae, sin duda, el elemento místico con el que riega su discurso, y que posiblemente se vincule de un modo heterodoxo con otro tipo de conexión espiritual, la que lo acerca a la memoria

inspiradora de su perro Conan, y no porque puedan establecerse reglas lógicas de acercamiento religioso entre el movimiento Jabad-Lubavitch y el amor desmedido al fantasma de un perro, sino porque, quizá desde la percepción de Milei, se trate de expresiones que derivan en el género común "más allá".

Ese viaje, que prefiguró la dinámica de sus giras, también le dio una identidad a sus movimientos, que es el de las giras de las estrellas internacionales. Es una condición que se deduce con comodidad del tipo de escenarios que estuvo frecuentando en sus casi dos primeros años de gobierno, a los que subía menos en representación de la Argentina que de sí mismo en su versión de artista de la lengua, una especie de panelismo de exportación cuyos localismos comenzaban a filtrarse por sorpresa en sus apariciones, que tenían el encanto y las irregularidades formales de una cancillería paralela (de un país de un solo habitante).

El ritmo frenético de sus viajes individualistas, casi paraestatales, que contrasta con sus escasísimas visitas al interior de la Argentina, cruza como una línea de fuego el año 2024. Son veintitrés viajes. Algunos son protocolares: participación en el Foro Económico de Davos, la Conferencia de Paz sobre Ucrania, la Asamblea General de las Naciones Unidas (menos relevante para él que el hecho de ver por tercera vez en el año a Elon Musk) y la apertura de la Bolsa de Nueva York; las cumbres del G-7 y el G-20; y las visitas oficiales a Israel, el Vaticano, Italia y El Salvador.

Del lado de la autocelebración y la agitación ideológica, quedan los viajes a la CPAC de los Estados Unidos (donde actúa como idólatra desbordado de Donald Trump) y de Brasil (donde recibe chistes homofóbicos pesados del entorno bolsonarista, de los que se ríe con incomodidad), a la Casa de Jabad del movimiento Jabad-Lubavitch y a la fábrica Tesla (donde conoce a su ídolo Elon Musk), al Instituto Milken de Santa Mónica (donde ve de nuevo a Elon Musk), a la convención de Vox, a la recepción de las medallas Hayek en Hamburgo y a la Comunidad de Madrid y el Instituto Juan de Mariana, a la conferencia de Allen & Co de Sun Valley y a otra CPAC en los Estados Unidos.

Tomando las intervenciones de Milei en dos de los escenarios institucionales más relevantes de su gira 2024 –la Conferencia Económica de Davos y la Asamblea de Naciones Unidas– comprobamos que los registros de su enunciación (ni hablar de sus enunciados) no cambian. Siguen inflamados de los combustibles fósiles que alimentan el motor de la obsesión: repetición y arrogancia.

En Davos, vuelve a encender la rockola del saber para enseñarle a la comunidad económica internacional, que ha de suponer ignorante, las canciones rayadas del lento crecimiento de los PBI hasta el año 1800, del vasto mundo socialista disfrazado de capitalista mediante el disfraz de cordero socialdemócrata, el oxímoron del "fallo del mercado", el ejemplo de Adam Smith sobre la fabricación de alfileres, los propósitos estatistas del "feminismo radical", etc. Una larga lista de revelaciones que solo se corta para "invitar a los demás países de Occidente a que retomemos el camino de la prosperidad, la libertad económica, el gobierno limitado y el respeto irrestricto de la propiedad privada". Es decir, para que los demás países de Occidente acepten sus atrasos y sus cobardías y se sitúen a la altura del descubridor de pólvora que los está incitando a morder la banquina con sus Estados.

Esa aparición tiene características de comedia bovarista mientras se acerca la hora de debutar en el primer escenario internacional de importancia. Antes de subir al avión, se lo vio en Ezeiza con un ejemplar de *El manifiesto austrolibertario* (2019), de Pol Victoria, un *public speaker* de biografía aceitosa con gran éxito en YouTube, que en el prólogo del libro se ataja de los cuestionamientos que caerían de maduros sobre sus páginas confesando que "no es un gran tratado de filosofía, ni una magnífica obra académica ni una tesis doctoral", además de reconocer su falta de rigor y su liviandad. Pero esa manera radical de rebajarse produce un efecto rebote y termina diciendo que "quizá" su libro sea la pieza opuesta a *El capital*, de Marx.

En el libro de Pol Victoria, que tiene tendencia a las listas (en una conferencia en el Instituto Juan de Mariana de Madrid enumeró con sorna una lista de sesenta minorías sexuales), se dice que el debate

se debe dar contra "comunistas, socialistas, anarcocolectivistas, socialdemócratas, democristianos, demócratas, fascistas, liberales, keynesianos, conservadores, neoliberales, neokeynesianos, neoconservadores, cronycapitalistas, progresistas, posmodernos, derechistas, izquierdistas, identitarios, globalistas, liberales clásicos y anarquistas". Objetivos de los que Milei corta y pega en el discurso de Davos en su versión abreviada: "comunistas, fascistas, nazis, nacionalsocialistas, demócratas cristianos, keynesianos, neokeynesianos, progresistas, populistas, nacionalistas y globalistas".

En su discurso ante las Naciones Unidas, directamente agrede a la burocracia de ese organismo en un tono que es el del ajuste de cuentas y la vocación disciplinaria. No puede pronunciar una frase sin colonizar, sin catequizar, sin dar cátedra. Los contenidos quedan suspendidos por obra de la *entonación* y la *altura* desde la que los postula. Es difícil para el que esté escuchando su lectura condescender a una transferencia porque la máquina verbal de Milei está hecha para imponerse mediante el triste no-acto de la obediencia.

¿Qué es lo que hace que los términos de sus propuestas sean intragables? La intransigencia, por supuesto; pero también el aire insoportable de lección, que deja colgados a los auditorios del gusto amargo del remordimiento porque, además de toda la riqueza que en términos de barroquismo transmite su lenguaje, lo que también actúa bajo el calor de sus impulsos verbales de volúmenes fabriles es una especie de acorralamiento ideológico, y también vital, por el que le endilga a todo el mundo una responsabilidad insalvable, incluso una culpabilidad, sobre el estado de las cosas. Porque ¿quiénes son los responsables del colectivismo criminal, a su juicio lo *único* que está destruyendo al mundo, si no todos? Todos menos él, dado que mediante un agregado que podríamos llamar de "evacuación argumental", Milei no tiene nada que ver –tampoco el mercado– con la situación en la que encontró el mundo antes de que se presentara providencialmente a salvarlo.

Esta enésima lección del maestro ataca a la Organización de las Naciones Unidas por aliarse al colectivismo con su agenda woke 2030, en la que –según Milei– se encripta el propósito de

desplegarse como un "Estado supranacional", que ya mostró los dientes durante la pandemia al no condenar el distanciamiento social.

En la tercera línea del primer párrafo de su exposición introduce el pronombre "yo" –quizá por primera vez en la historia de esa organización, en la que la medida de las cosas no es justamente "uno"–, con el fin de aclararle al mundo lo que no es: "Yo no soy político, soy un economista, un economista liberal libertario, que jamás tuvo la ambición de hacer política y que fue honrado con el cargo de presidente de la República Argentina, frente al fracaso estrepitoso de más de un siglo de políticas colectivistas, que destruyeron nuestro país". Una especie de "¿vos sabés quién soy yo?", típico de quien tiene una imagen grande de sí mismo y se la quiere ofrecer a quien la ignora.

Una vez deslizada la identidad que se quiere dar para que sepan quién es el que está hablando –está hablando un yo honrado por sus compatriotas–, dice que lo que quiere es alertar "con humildad" a los países del mundo sobre el camino en el que están transitando. No viene "a decirle al mundo lo que tiene que hacer", sino a decirle "lo que va a ocurrir si las Naciones Unidas continúan promoviendo las políticas colectivistas". Son párrafos en los que hay que buscar con lupa los restos de humildad que hayan quedado, si es que los hay, porque si bien no va a decirle al mundo lo que tiene que hacer, renunciando de ese modo a cualquier impulso de prescripción, a lo que no renuncia es a autoasignarse un poder de adivinación por el cual sí puede decirle al mundo lo que le va a pasar si sigue como hasta ahora.

Mediante un gesto de perdonavidas pasajero con los anfitriones, dice reconocer que bajo la tutela de las Naciones Unidas la humanidad vivió un período de paz global que lleva setenta años (debe haber querido decir que no hubo más guerras "mundiales" en Europa), y lo refrenda con una cita del profeta Isaías ("no alzará espada nación contra nación"), extraída de un monumento que se alza en el parque que cruzó para entrar al edificio en el que está leyendo, en una utilización muy novedosa de bibliografía al paso. Pero pronto regresa al código del disciplinamiento, calificando a la

organización de “impotente” y llamándola a inspirarse en la “doctrina de la nueva Argentina”, que gracias a él está recuperando la esencia perdida del organismo.

Y, sin embargo, por una microfisura del dique verbal que contiene el desborde del comunismo en todas sus formas, se filtra una frase-trampa que, por la velocidad de la logorrea, pasa desapercibida para quien la pronuncia: “Se ha promovido, además, una relación tóxica entre las políticas de gobernanza global y los organismos de crédito internacional, exigiéndoles a los países más relegados que comprometan recursos que no tienen en programas que no necesitan, convirtiéndolos en deudores perpetuos para promover la agenda de las élites globales”. Es una declaración de principios contraria a los endeudamientos de Estado, que pronto tendrá su contraste, tal vez su choque de frente, con la vida real.

Las intervenciones de Milei en Davos y en la Asamblea de Naciones Unidas de 2024 son los dos primeros pasos firmes y serios en escenarios de trascendencia global. Lo contrario ocurre en los encuentros más teatrales o circenses de Vox y en las tres intervenciones de la CPAC de ese año, reductos más bien sectarios que llevan al nivel del alarido el expresionismo de por sí encendido de los fanáticos que integran y sobre todo encabezan sus comunidades.

Pero quizá sea útil repasar su regreso a Davos en 2025 porque en esa excursión puede verse en corte su estado ideológico respecto de 2024, en el que vemos recrudecer, posiblemente por estar más confiado con su rol de estrella internacional, los tópicos extremistas de su ideario. Hay una expresión argentina para describir la situación en dos palabras: está agrandado. Comparadas las posturas físicas de una y otra intervención, se lo puede ver más seguro en el peor sentido. En ese año no ha condescendido en ningún momento a la duda, por lo que su experiencia de gobierno en ese período es exclusivamente de reafirmación.

El primer párrafo dice: “Buenos días a todos. Cuánto ha cambiado en tan poco tiempo. Hace un año me paré aquí frente a ustedes en soledad y dije algunas verdades sobre el estado del mundo occidental que fueron recibidas con cierta sorpresa y estupor por

buena parte del *establishment* político, económico y mediático de Occidente". Y vuelve a describirse, esta vez como un "yo" evolucionado: un presidente que "se para en este estrado y le dice al mundo entero que están equivocados, que se dirigen al fracaso, que Occidente se ha desviado y que debe ser reencauzado".

Antes "dije algunas verdades", y ahora "le dice al mundo entero que están equivocados". Una vez esquivado el pantano en el que se hunden por el mismo peso el plural y el singular y la primera y la segunda persona, y ya de frente a ese primer fraseo, quien lo escuche no podrá hacerlo sin sentirse un poco disminuido ante ese gigante que lo alecciona desde la perspectiva que en cine se llama "en picada". Otra vez su registro define la altura desde la que habla hacia abajo, como si la nueva vuelta de tuerca disciplinaria les dijese a los países del mundo "a ver ustedes, manga de boludos", tal como hacía con los panelistas en el inicio de la carrera que lo llevó hasta allí.

Y, sin embargo, "en esta pelea por las ideas de la libertad en todos los rincones del planeta" ha podido encontrar "compañeros" como "el maravilloso Elon Musk", la "feroz dama italiana" y "querida amiga", Giorgia Meloni, Nayib Bukele, Viktor Orbán, Benjamín Netanyahu y Donald Trump: los amigos de las grandes ligas.

Más de la mitad del discurso combustible de Milei es alimentado por su ira contra "el virus mental de la ideología woke" (la palabra "woke" es pronunciada tres veces; y trece veces, la palabra "wokismo"). Dice: "Hasta que no saquemos esta ideología aberrante de nuestra cultura, nuestras instituciones y nuestras leyes, la civilización occidental e incluso la especie humana no logrará retornar la senda del progreso". Es un "deber moral" desmantelar "el edificio ideológico del wokismo enfermizo".

Del ataque a repetición al concepto y a la existencia misma del wokismo y los diabólicos wokistas, Milei desciende a glosar sus componentes diabólicos: "Feminismo, diversidad, inclusión, equidad, inmigración, aborto, ecologismo, ideología de género", todas "cabezas de una misma criatura cuyo fin es justificar el avance del Estado mediante la apropiación y distorsión de causas nobles".

Jurando en vano por esas causas justas, el wokaje reemplazó "libertad por liberación, utilizando el poder coercitivo del Estado para distribuir la riqueza creada por el capitalismo. Su justificación fue la siniestra, injusta y aberrante idea de la justicia social, complementada por entramados teóricos marxistas". Resultado: "La expansión infinita del aberrante Estado".

Y, de repente, aparece el objeto al que Milei más tiempo le dedicó en un foro de economía: "el feminismo radical", que es "una distorsión del concepto de igualdad". Las alusiones a este subgénero del wokismo descompensan el discurso, que empieza a inclinarse de manera desproporcionada contra las mujeres, mediante extraños reproches que no parecen buscar que sean buenos sino muchos. El criterio en uso de la avanzada antiwoke consiste en asegurar que las mujeres son las beneficiadas del orden mundial. ¿De qué se quejan? ¿Por qué se victimizan? Es un criterio desplegado con melodías de indignación, porque "llegamos, incluso, al punto de normalizar que en muchos países supuestamente civilizados si uno mata a la mujer se llama femicidio". ¡Pero qué barbaridad! ¡Al homicidio de mujeres se lo llama femicidio! ¡Qué indignante!

Pero no es esa la única ventaja que tienen las mujeres en el mundo comunista woke. Además, enarbolan "la bandera de la brecha salarial de género, pero cuando uno mira los datos es evidente que no hay desigualdad para una misma tarea, sino que la mayoría de los hombres tienden a profesiones mejor pagas que la mayoría de las mujeres". Y encima, "si uno plantea estas cuestiones, desde los medios de comunicación o incluso desde este foro, nos tildan de misóginos".

Habría que ir cortándola con "la agenda sanguinaria y asesina del aborto", y con la promoción de "la agenda LGBT, queriendo imponernos que las mujeres son hombres y los hombres son mujeres solo si así se autoperciben y nada dicen de cuando un hombre se disfraza de mujer y mata a su rival en un ring de boxeo o cuando un preso alega ser mujer y termina violando a cuanta mujer se le cruce por delante en la prisión".

Es que, señoras y señores y no binaries de Davos, "se ha llegado incluso a cuestionar la idea misma de sexo a través de la nefasta

ideología de género", y "se inventan cupos para cuánta minoría se les ocurra a los políticos". ¿Cuál es el resultado? Que "en sus versiones más extremas la ideología de género constituye lisa y llanamente abuso infantil. Son pedófilos, por lo tanto, quiero saber quién avala esos comportamientos", que derivan en una "todavía mayor intervención estatal mediante legislación absurda como la de que el Estado tiene que financiar hormonas y cirugías millonarias para cumplir con la autopercepción de ciertos individuos".

El discurso, que haría bien en intentar abarcar asuntos de índole económica para hacerle honor al espíritu del foro, incluso sugerencias de las innovaciones y las revoluciones del caso, agoniza en una monografía en la que la misoginia y la homofobia se sacan chispas, presentando la agenda de género como la calamidad más grande de la humanidad.

8. Instante, eternidad, silencio

Todo el mandrilaje doméstico se la pasa diciendo que nuestro programa económico es una porquería: los econochantas, los ensobrados, los resentidos [...]. El FMI se deshace en elogios. Lo que estamos haciendo es estudiado en universidades. Tengo propuestas de más de cincuenta universidades en todo el mundo para ir a exponer qué es lo que hicimos.

En la escritura de Milei (o la reescritura, o la plagiatura) que puede rastrearse en las conferencias, los discursos institucionales y los libros, en los que es difícil establecer los niveles de "autoría" dado que, por su manera de citar muchas veces sin referir fuentes, y por las obligaciones propias de la investidura presidencial que delega en redactores fantasmas la tarea de escribir, está siempre presente –sin embargo– la experiencia de identificación. Sea porque le fascinan ciertos autores (especialmente los "austríacos"), o porque coincide con los ideólogos falangistas que lo acompañan en la "batalla cultural" o porque sencillamente realimenta de un modo maquinal

sus propios postulados –que son y no son de él–, esa masa de lenguaje se compone bajo la voluntad de demostrar saber, aun cuando no sea posible probarlo.

Son las armas de la lucha ideológica de fondo, en cierta medida serias, no en sí mismas, pero sí si se las contrasta con las herramientas de la soledad –de las que la red social X es el escenario cotidiano– y de cierta intimidad de segundo grado (dado que la de primero solo podemos imaginarla) que aparece cuando Milei habla "largo" en confianza con sus interlocutores de claque.

La actividad de Milei en X puede considerarse tanto por sus contenidos que, si cupiese la posibilidad, aumentan el registro de agresividad excluyente (no hay agresión de Milei que no esté destinada a apartar, limpiar, despejar los fantasmas de "lo contrario"), como por el frenesí, la continuidad y sobre todo la cantidad de intervenciones, es decir, por el tiempo presidencial que emplea en enredarse en discusiones remotas, posteos masivos e interceptación de los enemigos, prestaciones clave de una red que permite sin remordimientos liberar los salvajismos del yo verbal.

Según el sitio milei.nulo.in/, que estuvo rastreando sus intervenciones en redes desde que asumió la presidencia de la nación, Milei dedicó entre diciembre de 2023 y diciembre de 2025 un rango de tiempo de entre dos y cuatro horas diarias a X, según la cuenta que registra su participación. Es un promedio con sus cumbres, como la del jueves 23 de enero de 2025, con casi 5 horas de actividad (ha tenido jornadas de 5 horas con 58 minutos) y 629 interacciones (todos retuits, dado que desde junio de 2024 los *likes* de terceros a terceros no son públicos). Y si se toma el acumulado de ese mes, hay que contar casi 70 horas de interacciones mensuales (como piso, dado que no figuran los *likes*) y 5566 retuits, haciendo la salvedad de que no se trata de su mes récord, sino de un mes *normal*. En cambio, así como hay muchos días de entre 4 y 6 horas de actividad, hay pocas veces por debajo de una hora, con el récord negativo del 1º de septiembre de 2024, de 21 minutos y apenas 24 retuits.

En promedio, la carga más densa de participaciones semanales se da generalmente los días miércoles y jueves, y los domingos es el

día de menos retuiteos a simpatizantes y subordinados, en cuyo top 20 no se pierden pisada las cuentas DiegoMac227, laderechadiario, agarra_pala, TommyShelby_30, Marinabiagetti, LLibertadAvanza, BreakPointMP, mediceneljefe, fargosi, javierlanari, Santiago_Oria, MJMendezCasarie, TraductorTeAma, agustin_pistone, SPettovelloOk, SantilanJuli223, Felii_N, LLAenPBA, PatoBullrich, OPRArgentina y GordoEdicion. Un pelotón en el que se mezcla su vanguardia de agresores digitales, funcionarios y *bots*.

Si se "proyectaran" solamente las interacciones de retuits tomando como referencia un mes cualquiera de la vida de Milei en X (la idea de "proyección" es, por supuesto, una broma que solo alude a la jerga economicista para dudar de su infalibilidad), tendríamos más de 133.000 en los primeros dos años de su gestión, aparte de los *likes*, que hasta antes de junio de 2024 superaban los retuits diarios, en muchos casos duplicándolos. Si se hiciera un cálculo de fantasía, del que podrían resultar unas muy verosímiles 266.000 interacciones en dos años como mínimo (más de 300 por día), no ha de ser por voluntad de precisión matemática sino para expresar mediante ese volumen incierto que las intervenciones de Milei en X, quizá el escenario en el que su lenguaje hace el uso más libre (casi un escenario interior), son *inasimilables* en cantidad. No es posible seguir el curso de Milei en X sin "perderlo".

En cuanto a las calidades, podría catalogarse en primer lugar el grupo de las teorías económicas (ofrecidas como revelaciones), que desembocan en una guerra en la que el Mercado, el Bien Pleno, derrota en la imaginación al Mal Pleno, llamado Estado. Todo esto, sin que, considerando el punto de vista de general purificador desde el que ve las cosas Milei, les quepa a ninguna de ambas categorías –también podría decirse ambas abstracciones– la chance de rebajarse a la hibridación o el mestizaje, ya que se trata de una guerra maximalista.

En segundo lugar, asoma el grupo verbal de las coincidencias, que se expresan con *likes* y retuits de autoafirmación (se trata de mantener iluminadas las revelaciones, acumulando "sís"). Y, por último, el grupo verbal de los insultos, celoso de cualquier brote de disidencia, una especie de fumigación de lo que pueda cuestionar,

con cualquier nivel de intensidad argumental, incluso con tibieza, la Verdad Ideológica que, como se sabe, tiene dueño. Pero a veces, ni siquiera son las manifestaciones tibias de los cuestionamientos o las reservas a las grandes ideas de Milei lo que pone en marcha la máquina del desprecio, alimentada a insultos. Basta, simplemente, con existir "del otro lado" para que se active.

Para saber qué insultos integran la "familia" de palabras libertarias de batalla, se puede ver el estudio de la Fundación Hacer Argentina, que registró las preferencias líricas de Milei entre el día de su asunción como presidente y el 13 de noviembre de 2024. El corte es de casi un año y se toman en cuenta posteos y retuits, entre los que los tres insultos más "condensados" son "zurdos" (301 veces), "corruptos" (235 veces) y "degenerados" (184 veces). La integración de estos términos, tres adjetivos que Milei emplea como sustantivos intercambiables o combinables según le parezca, forman la frase que es la memoria descriptiva de lo que se detesta: "Zurdos corruptos y degenerados", que vale para todos, con excepción de quienes defiendan las ideas de la libertad.

Luego aparecen en el *ranking*, en delicado degradé, las palabras "mierda" (156 veces), "chorro" (129 veces), "hijo de puta" (110 veces), "criminal" (95 veces), "asesino" (90 veces), "boludo" (87 veces) y "basura" (85 veces), "ignorante" (58 veces), "inútil" (40 veces), "siniestro" (40 veces), "enfermo" (12 veces) y "enano" (10 veces). Son 1632 empleos de palabras de manera insultante, solo considerando esta antología (15 palabras de 32, que en su totalidad suman 2200, es decir, 6,5 por día), y solo en X.

Los cruces, intercepciones, provocaciones (y respuestas a provocaciones) y autocelebraciones de Milei en X se multiplican por cientos de intervenciones diarias, a veces con ráfagas de un ritmo infernal. Son ejecuciones ideológicas instantáneas, balaceras verbales que se disparan contra todo "lo otro" que se mueva (incluso contra "lo otro" en reposo). Tiene el vértigo de la manía y la misión de apoyar sobre el mundo los pies de barro de las ideas.

Su antimateria formal son las entrevistas largas, verdaderos récords de permanencia ante las cámaras y los micrófonos, en los que lo vemos discurrir, derivar y a menudo perderse en los

archipiélagos de la asociación libre. Y entre ellas hay dos especialmente representativas de lo que podríamos llamar el conglomerado ideológico de Milei. Una de ellas concedida a Alejandro Fantino para el canal de *streaming* Neura; la otra, a Daniel Parisini, para el canal de *streaming* ¡Carajo!

Estas entrevistas no deberían confundirse con las participaciones de Hugo Chávez en *Aló Presidente*, el programa que el líder venezolano condujo en la televisión pública de Venezuela entre 2009 y 2012. Porque así como esas intervenciones eran dominadas por el propio Chávez (él era el que hacía las preguntas al público en un escenario "abierto" para luego discursearlo a escala torrencial), en el caso de las largas entrevistas de Fantino y Parisini se trata de entrevistas falseadas en el sentido de forzadas hacia otro género que es el de la genuflexión idolátrica, lo que por un lado baja los niveles de lo que las conversaciones podrían tener de periodísticas y, por el otro –y he aquí las ganancias paradójicas que compensan las pérdidas del periodismo arrastrado–, aumentan las posibilidades de los deslices propios de hablar en confianza, aparentemente sin costos y, por así decir, lo que dure la noche.

La entrevista con Fantino fue el 14 de abril de 2025. Milei venía cursando una caída de su imagen desde el 14 de febrero por su participación en la promoción de la criptomoneda $Libra que derivó en un fraude, pero el 27 de marzo el gobierno, con la soga al cuello por la combinación de ese *affaire* y la presión sobre el dólar, recibe un salvataje amistoso del FMI que detiene esa caída y permite vender los espejos de colores de una "flotación libre" del dólar.

Como en *Con el lazo al cuello* (1978), el western dirigido y protagonizado por Jack Nicholson en el que a un ladrón de caballos, Henry Moon, lo descuelgan de la horca mediante el salvoconducto del casamiento, Milei recibe la noticia con la vitalidad eufórica de quien pudo contar con la suerte a su favor un instante antes de que se desate la tragedia.

La analogía no exagera. Milei entra al estudio de Neura en un estado de euforia "nupcial" y, antes de que transcurran veinte segundos de lo que llamaremos entrevista para no marearnos de vergüenza por el show de Fantino, cuyo género es una comedia de

la esclavitud, ya están cantando a dúo, entonando la melodía de "Bad moon rising", de Creedence Clearwater Revival, "Mandril, decime qué se siente, que el cepo llegó a su final", en alusión a la población argentina no libertaria.

En ese clima de fiesta, la personalidad de Milei se explaya y se fugan de su magma las tensiones previas al rescate agónico del FMI. Lo que ha ocurrido es un hecho de interés geopolítico ejecutado por los Estados Unidos que Milei interpreta de manera altisonante como un eslabón más en su cadena de magias. Y monta sobre esa suerte, una vez más, incluso cada vez más, su discurso reiterativo y disociado de los hechos, que son muy distintos a los que describe, tanto que intenta darle al rescate del FMI una identidad de plan, y que quizá lo sea pero en un sentido aleatorio: el plan que le tocó en la lotería de la geopolítica y que desplaza por la fuerza de la realidad sus encantadores sueños platónicos.

Describe ese día que está viviendo en los estudios de Neura como un día histórico "de liberación", dado que está ocurriendo "algo nunca visto en la historia argentina, que es la conjunción de equilibrio fiscal, cantidad de dinero fija y tipo de cambio libre", lo que su equipo económico llama "las tres anclas". No importa que, en los hechos, y gracias al aporte rescatista del FMI, el dólar esté flotando entre bandas, una administración intermedia respecto del cambio libre y el cambio fijo.

Lo que desea Milei –y lo hace– es cerrar con una frase espectacular en su reaparición triunfalista luego de un período de zozobra, para lo cual vuelve a ajustar la realidad monetaria a sus ilusiones, sin aludir ni por asomo a que el ingreso de dólares que hace posible esa hibridez tan festejada entre el dólar fijo y el libre se debe a una toma de deuda más espectacular que su frase.

Ahora, ¿por qué, sabiendo mejor que aquellos a los que les da la noticia que el cambio del dólar no es libre, dice que sí lo es? Porque le gusta decirlo. Es su modo de imponerse como compositor de la realidad. Hay una voluntad, una ansiedad, una fuerza que lo lleva a ajustar los hechos a su poética terminal, que consiste en eliminar los grados. ¿Por qué no dice que el cambio se flexibilizó dado que esa flexibilización –al margen de sus consecuencias para la economía

real– es un logro? Porque no es una noticia plena. El cambio del dólar es para él libre, y punto. Que no lo sea es un detalle irrelevante para los propósitos verbales de la autoconsagración.

Milei, que ha ido al programa de Fantino con el propósito de dar una clase apoyada en una carpeta con apuntes a mano alzada de su plan económico (que al final le regalará autografiada), adopta una posición defensiva contra quienes dicen que no hay plan, y que si lo hay es improvisado. Dice: "Yo hace diez años que vengo craneando cómo se sale de un cepo".

La idea que circula en la lectura de los hechos públicos acerca de que si el dólar flota entre bandas es una imposición del FMI desata en Milei un arco de ira en sus cejas, un silencio destinado a la carga de baterías y una descarga masiva contra "el chanta de Carmelián" (por el economista Carlos Melconián), "el delincuente de Lacunza" (por el exministro de Economía de Mauricio Macri, Hernán Lacunza), el "impresentable, mentiroso y repugnante de Fernández Díaz" (por el escritor Jorge Fernández Díaz).

Cuando se observa que la descarga va a acelerarse, Fantino le pide que "no conecte con la ira". Milei le contesta que no conecta con la ira, y se desmiente atacando a los "mediocres". Fantino insiste en calmarlo con el argumento de la superioridad: si alguien está jugando en la Selección, no puede dedicarle cada jugada que le sale bien a la tribuna contraria. Entonces, luego de pasar por un fraseo incendiario ("periodistas ensobrados", "operadores basuras"), Milei asocia su figura con la de Messi –el Messi en los momentos de la genialidad incomprendida, con quien se identifica– mediante el puente "Selección", y dice: "¿Sabés cómo se defendió Messi en la Selección?". El entrevistador le dice: "Saliendo campeón", y Milei le contesta: "Y no dándole notas al periodismo".

Hay un instante de tensión entre el entrevistador y el entrevistado que obedece a los cuidados que Fantino le ofrece a Milei con las interrupciones "técnicas" que intentan, si no pararlo (quiere: no puede), al menos señalarle una deriva que lo aleje de la agresión, pero Milei le contesta: "Yo estoy razonando, yo no soy como esos imbéciles que le ponen el casete del *coaching*. Entonces, si me interrumpís". Y completa su asalto recordando que el secretario del

Tesoro de los Estados Unidos, Scott Bessent, garante del acuerdo entre el gobierno argentino y el FMI, visitó el país cuando 140 países estaban "haciendo cola" para verlo, y recuerda que "el día de la liberación del dólar, Bessent viene a vernos a Toto Caputo y a mí. Vayan a buscarla al ángulo, mandriles inmundos".

El concepto "mandril" referido al fenotipo de los opositores al gobierno está en auge: "Todo el mandrilaje doméstico se la pasa diciendo que nuestro programa económico es una porquería: los econochantas, los ensobrados, los resentidos […]. El FMI se deshace en elogios. Lo que estamos haciendo es estudiado en universidades. Tengo propuestas de más de cincuenta universidades en todo el mundo para ir a exponer qué es lo que hicimos".

Cuando Fantino entrevista a alguien, hay en el ambiente que crea –por encima de la misión servicial, cuando le cabe, como en este caso– un aire de confianza campechana que es falso, aunque se inspire en confianzas verdaderas. Son "improvisaciones" inflamadas de cálculos que, bajo la apariencia de la charla de pulpería, buscan filtrar de contenidos específicos la esfera pública. Y en esta visita de Milei a Neura lo que se quiere implantar es la presencia irrefutable del éxito (dedicado a los "mandriles") y, sobre todo, la autoría de ese éxito.

Es la causa por la que Milei ha llevado la carpeta: para darle curso a sus genialidades aplicadas, y para que el mandrilaje no se confunda: acá no hay improvisaciones sino un plan que, aun fechado en un margen amplio de tiempo (primero dice que tiene diez años; después, que es de agosto del año anterior), es una herramienta impuesta por él, no por el Fondo. Sin embargo, el contenido de la carpeta –elemento de prueba del plan de autor–, cuya presentación en forma de clase iba a ser la estructura de la entrevista, languidece por distracción o por hastío. En la nebulosa de digresiones que es la entrevista, apenas si alcanza a describir el contenido de una página, mientras la mitad de la pantalla del *streaming* muestra los garabatos, sobre los que Milei habla encima: "¿No ves que todos los indicadores de la ecuación dicen que el dólar tiene que caer?". "Sí, pero eso es un papel escrito. Después está la vida", le dice Fantino; y Milei contesta: "¿Sabés cuál es el modelo de economía

internacional que más relevancia empírica tiene? La paridad del poder de compra, y eso es lo que viste ahí".

Es bajo un modelo teórico "atesorado" que Milei vuelve a hacer confluir lo platónico con lo romántico, en el que la carpeta es la reducción de la Argentina a unos papeles. Pero no es el único éxito que Milei describe en el programa de Neura. También están presentes los éxitos internacionales, que se desprenden de un momento de *dolce far niente* filosófico. Fantino le dice que hay un filósofo francés que se llama Michel Foucault, que sostiene que "en cada época se piensa en una pecera: la pecera de la época; y que afuera de eso no se puede pensar". Y Milei contesta, captando en el aire el disgusto que le provocaban a Foucault las defensas conservadoras de la identidad: "Bueno, los woke acá", y recuerda que horas después de su discurso de Davos en enero de 2025, había en el mundo 400 millones de personas hablando del tema: "Para que se entienda: el 5% de la población mundial estaba hablando de lo que yo había dicho en Davos".

Los éxitos siguen enumerándose. Milei dice que su ajuste es un "ajuste popular" y "expansivo" porque se lo cargó al Estado, no a la gente; que al convertir la Argentina en un país solvente puede rollear la deuda porque un país es "un agente de vida infinita"; que va a disponer de casi 50.000 millones de dólares, gracias a los créditos del FMI, el Banco Mundial, el BID y un Repo. Y cuando Fantino le pregunta si aspira al Premio Nobel le contesta que él ya ganó el Premio Nobel Judío, que es como decir que le regalaron zapatillas Adidas de cuatro tiras.

El desorden es total y tiene su encanto porque adopta la inestabilidad de las conversaciones normales. Habla de *El hombre trascendente*, el documental basado en Ray Kurzweil, director de ingeniería de Google, alias "el genio incansable"; de arqueros legendarios, de boxeadores, de los primeros juegos electrónicos, de sus perros, de la NBA, de lo que valen las cosas (con el ejemplo gastado de la botellita de agua mineral que en un kiosco cuesta 0,80 dólar y ¿cuánto en el desierto de Sahara donde es el único ejemplar?); de Mozart, Beethoven, Lennon y su grupo rollinga Everest; de una anécdota con Martín Palermo, de los programas de

humor, de Adolfo Cambiaso, de La Momia de *Titanes en el Ring* (que, sin las vendas, hacía el contraturno de Milei padre como chofer de la línea de colectivos 111); de Scaloni y Bilardo; de la articulación celestial que hizo que la salida del cepo coincidiera con el Pessaj, indicio místico, cuando no prueba, de que "hoy es el primer día del camino hacia la Tierra Prometida". Trance del que bajará cuando un colaborador de Fantino le alcance un aerosol "antimandriles".

Pero la larga charla de cuatro horas y cuarenta minutos ha estado urdiendo en secreto una revelación accidental y casi desapercibida. Es un agujero negro en la fiesta de la autocelebración. El entrevistador le pregunta si en las negociaciones con los Estados Unidos sobre aranceles a productos argentinos figuran el aluminio y el acero, y Milei le responde: "No negociás eso con los Estados Unidos. Y tampoco vas a poder negociar el uranio. ¿Cómo funcionan las cosas que son nucleares? Con uranio. Vas a tener estadounidenses en fila para sacarlo. Eso no se regula, vienen y te lo compran". El diálogo va lento, al ritmo de largos silencios en los que Milei es quien interroga: "¿Qué insumos usás en el armamento nuclear?". Fantino: "Uranio enriquecido". Milei: "Aahhhh… Y acero y aluminio, y titanio: más duro que el acero y más liviano que el aluminio. ¿Nosotros jugamos en esa liga? ¿Me estás jodiendo? Y bueno, entonces… Pero si alguien quiere venir a comprarlo, se lo vendemos. ¿De qué te sirve tenerlo enterrado y cagarte de hambre?".

Sobre los largos silencios de Milei flota el concepto "vender sin negociar" ¿a qué precio de *mercado*? Un misterio, sobre todo si se piensa que quien le compra a la Argentina de un modo no negociable es el mismo que le presta dólares a la Argentina bajo un espectro de condiciones. De repente, el plan encarpetado y autografiado parece encuadrarse en un auxilio terminal otorgado por un Monte de Piedad a cambio del empeño de bienes, un instrumento demasiado ordinario y sobre todo antiguo si se lo contrasta con la ilusión de vanguardia de ese plan.

Durante la conversación de Milei con Daniel Parisini en el *streaming* ¡Carajo! el 8 de mayo de 2025 –donde fue a batir el récord de duración de una entrevista, que llegó a las seis horas– pasa mucho

menos que en la entrevista de Fantino en Neura. Incluso parece clonada de esta: los mismos chistes, la misma obsesión por el "periodismo ensobrado" y los "econochantas" (con "deficiencias de IQ"), el mismo homenaje a los mismos arqueros legendarios, la misma insistencia en celebrar el milagro macroeconómico de las tres anclas, la misma anécdota con Martín Palermo. El tema nuevo es la muerte del papa Francisco, cuya memoria honra con elogios y comprensión. Reconoce el don de Adrián Paenza para transmitir con sencillez experiencias complejas. Dice que Elon Musk (que no inventó nada) es el Edison (que inventó la luz eléctrica, y la grabación de sonido e imágenes, entre otras muchas cosas) que le corresponde a nuestra época. Y también dice que las cincuenta invitaciones a universidades extranjeras que tenía para exponer sobre el milagro argentino –del cual es autor– veinte días atrás, ahora son cien.

Las preguntas, interjecciones, risas y complicidades de Daniel Parisini orbitando alrededor del entrevistado llaman a la compasión, pero Milei –que, sin dudas, es un personaje muy atractivo para los diálogos de deriva– se las ingenia para entregar buenos momentos. Uno de los mejores es cuando abrevia su biografía de economista en dos minutos: "Yo era un pifiador serial. Hice la carrera de grado, me formé entre el estructuralismo y los poskeynesianos y creía que era Gardel con guitarra eléctrica, pero pifiaba todo el tiempo. Después hice mi primera maestría en el IDES sobre keynesianismo, que disfruté muchísimo; y después hice algunos *upgrades*, pero seguía pifiando a lo loco. Después hice la maestría del Di Tella, que también disfruté un montón, y terminé siendo un neoclásico recalcitrante, enamorado de la teoría de los ciclos reales; y vino la *subprime* y me tuve que meter el material en el orto. Ahí hablaba de los monetaristas como de nuestros hermanos bastardos y volví a leer a Keynes, volví a leer a Friedman. Después no quise saber más nada con todo eso y me dediqué al crecimiento económico, y cuando estaba haciendo eso me invitan a un Foro Económico Mundial a disertar sobre demografía y crecimiento, y me encuentro con información sobre Angus Maddison, que trabaja en un campo que se llama 'economía milenaria', que va desde al año 1 de la era cristiana

hasta el 2030 proyectado, y ahí me encontré con el 'palo de hockey' y lo que se llama rendimientos crecientes, y luego llega Murray Rothbard y la vida ya no fue igual: me tomé la pastilla roja y ahora soy lo que soy".

Otro buen momento, de casi una hora de extensión, sucede cuando Parisini –de un servilismo estremecedor– le propone a Milei confeccionar una *tier list*, colocando a decenas de economistas argentinos y extranjeros, clásicos y contemporáneos, en distintos casilleros: "eminencia superior", "ni fu ni fa", "bueno", "muy bueno", "malo", "genio del mal", "mandril", etc., por donde pasan Álvaro Alsogaray, Silvina Batakis, José Ber Gelbard, Adam Smith, Axel Kicillof, Karl Marx, Celestino Rodrigo, Matías Kulfas, Emmanuel Álvarez Agis, John Maynard Keynes, David Ricardo, Hans-Hermann Hoppe, Carl Menger, Robert Solow, Federico Sturzenegger, Joseph Stiglitz, Paul Samuelson, Friedrich von Hayek, Wilfredo Pareto, etc.

Es un pasaje con gracia, en el que Milei opina de un modo libre y descuidado sobre colegas, maestros y bestias negras a las que es refractario, con diferentes alcances descriptivos. A veces con una palabra o un insulto y, otras, ajustando una ligera lectura de sus obras. Y eso es todo en ¡Carajo!, a donde se podría decir que fue seis horas para "estar", entretener con su menú de variedades y sostener su personaje polimorfo en un momento de alivio, que no duró.

En agosto, a pocas semanas de las elecciones del 7 de septiembre en la provincia de Buenos Aires, se filtran audios del exdirector de la Agencia Nacional de Discapacidad, Diego Spagnuolo, en los que se describe un esquema de coimas a laboratorios proveedores del Estado que "subirían" hasta el despacho de Karina Milei. Es el primer momento de la carrera de Milei en el que su verborragia atacante se rebaja a una semana de silencio. Se queda sin *contenidos* para intervenir en el asunto público del que más se habla. El hecho es insólito porque aparece como un caso inesperado de impotencia expresiva. ¿Milei haciendo silencio? ¿A qué tipo de evento atribuirlo? ¿Es un milagro de contención personal en el océano de ira al que nos acostumbró a navegar o es el resultado del consejo de un tercero? ¿Entiende, por fin, ahora que es presidente, que la reserva

es un elemento de conveniencia, ya que de convivencia no lo ha sido? ¿Qué pasó?

Pasó que en su plan platónico –ajustar, desregular y esperar la "lluvia de inversiones" con la esperanza del chacarero que mira al cielo para ver si por fin se le concede la gracia providencial de la lluvia– ocurrió un accidente, es decir, un evento material: se quedó sin los dólares que le había dado el FMI en marzo para sacarle la soga del cuello, y ahora la falta de dólares se enlaza con el segundo caso de corrupción del gobierno anticasta en el año. El resultado fue una derrota por 14 puntos de diferencia en la elección de la provincia de Buenos Aires que lo dejó bajo el shock de un doble aturdimiento, el político y el económico.

De pronto, se apagó el megáfono que propalaba a los cuatro vientos –en estéreo– la magia del plan económico y la purificación de la política. Se reveló que Milei hablaba *sin realidad,* y lo que pudiera decir perdía en ese momento de crisis el sentido performático que sus revelaciones habían tenido hasta ese momento. Era mejor callar. Mejor, pero poco posible. Porque bajo ese momento de reserva, del que trató de salir "de oficio", postulando una sobreactuación de fortaleza en la debilidad, lo que seguía hablando era la sintaxis de los dólares faltantes.

Ya había sucedido antes del anuncio de un nuevo crédito con el FMI: durante nueve rondas de cambio, la "autoridad monetaria" había vendido 1445 millones de dólares para que la liebre verde no se escapara. Pero entre marzo y septiembre, Milei ya no pudo sostener su gobierno con raptos de hipertextualidad. Hacía falta algo más. Hacía falta *eso* para la sobrevida política y económica: la sustancia financiera. Y llegó. Scott Bessent, el príncipe azul de la alineación con los Estados Unidos, anunció una "ayuda" para Milei inmediatamente después de la derrota electoral en la provincia de Buenos Aires.

El proceso fue el segundo apurón de dólares del año y la memoria descriptiva del suceso es una obra de Scott Bessent en coautoría con Donald Trump. La ristra de demostraciones de afecto societario entre la Argentina y los Estados Unidos la inició Bessent con un tuit del 23 de septiembre para sacar al gobierno de Milei de su estado de

mareo y su consecuente desorientación para enfrentar las elecciones nacionales del 26 de octubre.

En el momento en que el shock de silencio se apoderó de Milei, el que habló fue Bessent, para decir que el Tesoro de los Estados Unidos estaba listo para ayudar a la Argentina mediante "líneas de *swap*, compras directas de divisas y compras de deuda gubernamental denominada en dólares estadounidenses del Fondo de Estabilización Cambiaria del Tesoro. Las oportunidades para la inversión privada siguen siendo amplias y la Argentina volverá a ser grande".

Lo que sucedió entre ese anuncio del 23 de septiembre y el 26 de octubre, día en el que el partido de Milei ganó con un buen margen las elecciones legislativas nacionales, fue una escalada de colaboraciones que Bessent asoció con el espíritu de un primer crédito que toma un hijo con la garantía de su padre.

Primero reveló que el Tesoro norteamericano había comprado pesos argentinos para estabilizar el dólar en un gesto de "federalismo" internacional, luego hizo el anuncio por una línea de *swap* de 20.000 millones de dólares cuyo uso por parte de la Argentina –la cifra es un arcano, pero se estima en varios miles de millones usados antes de las elecciones del 26 de octubre– "generó dinero para el pueblo estadounidense"; y, más tarde, el 15 de octubre, para reforzar el apoyo electoral a La Libertad Avanza, dijo que, además del *swap* de 20.000 millones de dólares, podría haber otro tanto aportado por los bancos ("una solución del sector privado para los próximos pagos de deuda"), con lo cual, el ambiente nacional se perfumó de una ilusión de 20.000 millones de dólares, luego otros 20.000 millones de dólares, y contando. Y para cerrar el abrazo de oso, apareció la figura inenarrable de Donald Trump, detenido en esas zonas mixtas (pasillos, mangas de aeropuerto, hoteles mersas, etc.) en las que suelta sus dones de magnate entretenedor ante la prensa, para decir que si Milei perdía las elecciones del 26 de octubre, los Estados Unidos no ayudarían a la Argentina.

Fueron semanas de recambio verbal, en las que Milei callaba mientras hablaban Bessent y Trump, y no en cualquier idioma, sino

en el de una autoridad de *rectificación*. Entretanto la autoridad de Milei comenzaba a operar por delegación, y a insistir en montar sobre la materialidad de los asuntos políticos (alineamiento geopolítico excluyente, toma de deuda de los montes de piedad financieros) más versiones del discurso libertario, ya con sus raíces en el aire.

Lo que se ha manifestado es la realidad, dejando atrás la ilusión platónica que articulaba la quimera de la supresión de "la casta" y el Estado, el triunfo moral del mercado, la supremacía libertaria y la imposición de la escuela de economía austríaca. Todo es ahora chatarra espacial. Y en ese nuevo régimen lo que desaparece es el "yo" de Milei, reemplazado por un deber de Estado, mejor dicho, de supra-Estado (el estatismo al cuadrado), que deberá contentarse y entretenerse con los fantasmas de la batalla cultural.

Habla Bessent, habla Trump y calla Milei; en todo caso habla por debajo de ellos, sometido a sus anuencias cuando no a sus censuras tácitas, que tanto pueden tener la forma del silencio como de la reeducación. Porque, como si Milei hubiera pasado por un túnel de corrección de sus comportamientos problemáticos, luego de la RCP de los Estados Unidos a la Argentina, lo que pudo verse al cabo de sus dos primeros años de mandato es un Milei cuyas pasiones son reducidas a la necesidad y, como efecto secundario inesperado, al aprendizaje.

La prueba está escrita en el discurso que dio por cadena nacional el 15 de septiembre, en los días de negociaciones con los Estados Unidos previos a recibir la ayuda del Tesoro. Allí hubo agradecimientos al esfuerzo de los argentinos que sufren el ajuste, y guiños "populistas", por llamar de algún modo a los anuncios de aumento de las asignaciones presupuestarias a universidades nacionales, jubilaciones, salud, educación y discapacidad por encima de la inflación.

Pero lo más espectacular de esa intervención, mucho más que esos anuncios más bien keynesianos insertados entre una elección perdida y otra ganada, es el abandono de su voz altisonante, llamando a los gobernadores y legisladores a trabajar "codo a codo"

y entonando por primera vez desde el 10 de diciembre de 2023 una canción de calma. Ya es otra persona.

Epílogo

Los resultados de los dos primeros años de Milei como presidente podrán analizarse tanto desde la perspectiva de los beneficiarios como de los damnificados. Es una cuestión de gustos ideológicos, o de perjuicios materiales. Más allá de eso, existe un hecho que se puede probar: al cabo de esos dos años, Milei no sostuvo las formas verbales con las que los inició. Quizá haya que enfatizar en la palabra "sostuvo", dado que sostener o no sostener –en el fondo, poder o no poder– es la balanza sobre la que se mide el peso de la autoridad para decir o no decir.

Lo que se ve en la línea continua por la que se ha extendido el lenguaje de Milei entre diciembre de 2023 y diciembre de 2025 son momentos en los que la intensidad de su registro incontinente se expresa con altos y bajos. Los altos se distinguen prácticamente sin techo durante todo 2024 y casi todo 2025; pero el bajón de silencio entre septiembre y diciembre de 2025 es la evidencia de que ya no habla solo, ni de una sola manera.

Que la verborragia intratable, incluso redoblada ante el llamado a la reserva, se haya reducido casi a cero en tres o cuatro meses es la evidencia de que el discurso de Milei, que al ser político deja en algún momento de ser personal, sufrió un apagón estratégico. Ya no dice lo que quiere, y una pregunta se cae de madura: ¿no dice lo que quiere porque no quiere o porque *no puede*? O aprendió a convivir en la discusión pública mediante códigos de tolerancia inusuales para él, o perdió poder (el poder que le daba el lenguaje).

Es cuestión de seguir el baile inconstante de la economía para ver los momentos en los que su discurso encendido es interceptado por la censura. ¿Censura de qué? Del personaje-persona que hasta poco antes ejercía la soberanía sobre sus parlamentos, digamos un actor

sin autor, en todo caso un actor-autor. El cambio es espectacular porque el valor electoral que, por supuesto, no es lo mismo que el valor gubernamental (que se paga más caro) se degradó de manera rotunda, y no es para menos. Le sucede a cualquiera que sueñe con la ilusión de materializar sus ideas. Para decirlo en términos de jerga libertaria de provocación: al platonismo de Milei le entró la bala fáctica. A partir de ahora solo podrá decir lo que le sea autorizado con meros fines de delegación, por lo que el lenguaje que ha venido sosteniendo su teatro público ha entrado en una fase de domesticación y ventriloquia, cuyo tono variará en la medida en que se lo permitan quienes le conceden los escenarios en los que ya no se monta una obra sino dos: la del Milei incontenible en la Argentina y la del Milei prosternado hasta la lumbalgia en el extranjero. El personaje de poder se ha vuelto, de pronto, *inconsistente.*

En una legendaria discusión de 1965 entre Roland Barthes y Raymond Picard sobre el *Bajazet* de Racine, anterior a la versión de Vivaldi, Barthes describe al personaje de Bajazet como "inconsistente". Un periodista de *Le Figaro* le pide que se extienda sobre esa idea, y Barthes dice: "Llevar al teatro un personaje inconsistente es sin dudas una de las cosas más difíciles que existen. Eso no implica para nada que la creación de semejante personaje sea, en sí, inconsistente. Es la inconsistencia de Bajazet la que mantiene en pie la tragedia".